

ROLAND SCHIMMELPFENNIG

POR UN MUNDO MEJOR

FÜR EINE BESSERE WELT

Spanisch von Luis Carlos Sotelo,
Bogotá 2004

Alle Rechte vorbehalten, insbesondere das der Aufführung durch Berufs- und Laienbühnen, des öffentlichen Vortrags, der Verfilmung und Übertragung durch Rundfunk und Fernsehen. Das Recht der Aufführung ist rechtmäßig zu erwerben vom:

All rights whatsoever in this play are strictly reserved. No performance may be given unless a licence has been obtained. Application for performance etc., must be made before rehearsals begin, to:

**S. Fischer Verlag GmbH, Theaterabteilung, Hedderichstr. 114, , 60596
Frankfurt/Main, Postfach 700355, 60553 Frankfurt/Main, Tel: 069-6062271, Fax:
069-6062355, E-mail: theater@s-fischer.de**

Die Rechte an der Übersetzung liegen bei:

Luis Carlos Sotelo, Goethe-Institut Bogotá, Carrera 7 # 81-57, Bogotá, D.C., Kolumbien, Tel.:
++57-1-2561758, Email: prog2@bogota.goethe.org

Förderung der Übersetzung durch: / *This Translation was sponsored by:*



Aproximadamente cuatro o cinco mujeres, cuatro o cinco hombres. Un joven.

Un joven bajo un chorro de agua.

EL JOVEN:

Ya llevamos siete días afuera-

siete días y siete noches, y no para de llover, llueve y llueve, le dan a uno escalofríos; día y noche.

Mantenemos contacto con la base, tanto como podemos, pero contactarse también es peligroso porque, obvio, ellos controlan nuestra radio.

Acá llueve rara vez, no más de diez o doce días al año, pero ahora todo se suelta, la tierra se convierte en barro, nuestras cosas ya llevan siete días y siete noches mojadas, todo está mojado, la lluvia gotea por nuestros cascos, el agua se nos mete por el cuello de la camisa, todo el uniforme está empapado, las botas, las provisiones, el arma.

A las cosas ya les está saliendo moho, porque hace calor; llueve y, al mismo tiempo, sudamos. Cuando patrullamos, tenemos el sudor en la frente. Vigía nocturno, 3 horas 40: una señal y ningún sonido, significa: no estamos solos.

Es un hecho.

Qué, qué,

ya no estamos solos.

Lluvia sobre los cascos, en el follaje, fuerte, muy fuerte, pero hay pasos, sin duda, pasos en la absoluta penumbra, parece que conocen el terreno, una tos reprimida.

¿O no?

No se puede distinguir cuántos son, ni dónde están o ¿están en todas partes? Miedo.

Apenas nos atrevemos a respirar y mientras tanto es de noche y la lluvia recorre nuestros cuerpos de arriba abajo, no moverse, ni un sonido, no tendríamos ninguna oportunidad.

De pronto, disparos con proyectiles trazadores, un combate de fuego en plena oscuridad; después, granadas de luminosidad enceguecedora, trazos de las trayectorias, granadas, a mi lado aparece una pierna desprendida, esto acá, esto acá nadie lo va a sobrevivir.

HOMBRE:

Lunes. Al despertarse, el sonido de los rastrillos de hielo abajo en la calle. Yo mismo, durante tres cuartos de hora, estoy allá abajo, parado, está helado, un día claro, la última noche hubo granizo, el carro está completamente cubierto con una capa de hielo. Ocho y media, rastrillaje, y al tiempo encienden el motor. Todas las mañanas voy al trabajo por el mismo camino, y en el primer semáforo veo todas las mañanas la valla que tengo enfrente. Cada semana una pancarta nueva: en un primer momento no entendí de qué se trataba. Una rubia joven, desnuda, junta sus dos senos con la fuerza de sus manos, y entre sus senos hay un tarro alargado que contiene una bebida *espresso* o a base de café. Se toma fría. La rubia parece sonreír.

A la hora del almuerzo me la encuentro de nuevo. El mismo aviso está colgado enfrente de la tienda en la que me como un sándwich. Tiene la lata presionada entre sus senos y un par de esas latas, hasta ahora lo veo, también las tiene en el cabello, como si fueran rulos. La expresión de su rostro es difícil de clasificar: no es una risa, como pensé al principio, no es una verdadera risa, es más bien algo así como un chirrido, un gruñido estridente, un gemido claro – como si alguien estuviera echándole agua helada en su cuerpo desnudo – o como si esa lata de *espresso* que tiene entre los senos estuviera realmente muy fría.

Un soldado o soldada desmonta su ametralladora, la limpia y la vuelve a montar.

RESTAURANTE LANDAUER (RAQUEL)

Los bares con música están bien, los bares sin música o con música muy baja no están bien. El restaurante Landauer es toda una institución en el barrio, un lugar con tradición, buena cerveza, una cocina nada mala, pero un bar en el que la música siempre está muy baja, lo que quiere decir, que los hombres que están en la barra pueden conversar. Todas las tardes encuentra uno las mismas ratas, que llegan desde las cinco, directo del trabajo al bar, y entonces, a las ocho, cuando la gente viene a comer, cuando llegan los verdaderos clientes que han reservado mesa con antelación, se van a la casa, a sentarse enfrente del televisor. Noticias. Un par de panes. La película o la serie a las 20 horas 15. Y después, en algún momento, a la cama. Todos los días, entre las 17 y las 20 horas más o menos la misma reunión de gente sin consuelo. Los mismos chistes, El mismo sonsonete. A las 17 horas hay cambio de turno.

Todos toman cerveza, los aguardientes varían.

- Para todos otra cerveza, y -

señala a sus amigos:

- un aguardiente Willie, un Genever, y un Enzian.

Solo hombres. Siempre ser querido, no verse aburrido. El personal lleva puesta una camisa blanca. Los muchachos que trabajan en la barra se meten la corbata en la camisa. Afuera se oscurece.

El turno que empieza a las 17 horas es de seis. La tienda es grande, pero a las 17 horas aún no hay mucho movimiento, sólo están en la barra los bebedores recién liberados de su trabajo, que nunca usarían las mesas: sería una violación fronteriza y Raquel no estaría a su servicio, porque Raquel sólo atiende la barra y las mesas elevadas para estar de pie, las así llamadas toneles. Los bebedores adoran a Raquel. Ya desde el principio del turno se ve algo cansada. Demacradamente cordial.

Profesional. A las dos está en su casa y se ducha. Intenta quitarse con el agua el humo en el que estuvo trabajando desde las 17 horas. Ya hace rato que hace este trabajo. No lo hace con gusto.

MUJER (DÉBORA):

Era un trabajo publicitario, la mayoría de las veces son publicitarios, no tenía ni idea de qué se trataba. La agencia me llamó, y no es que me llamen mucho, era la primera llamada en meses, buenas noticias, devuelva la llamada, y entonces fui, no tenía ni idea de qué se trataba realmente, de qué producto, a las nueve de la mañana, el modelo está acá.

Se trataba de café. Se trataba de un producto nuevo, una lata delgada, alta, con café, se toma fría, directo de la lata, directo de la nevera. La estilista comienza a enrollar un par de latas en mis cabellos, como si fueran rulos, y después viene el fotógrafo y dice, estamos listos, por favor desvístete.

FOTÓGRAFO:

Estamos listos, por favor desvístete.

MUJER:

Bueno, digo yo, ¿de qué se trata?, quiero decir, qué debo hacer, y él dice, se trata de lo siguiente, por favor aprieta esta lata entre tus senos.

FOTÓGRAFO:

Bien, se trata de lo siguiente, por favor aprieta esta lata acá entre tus senos.

MUJER:

Que -que apriete la lata de café entre mis senos...-

FOTÓGRAFO:

Sí, exacto –

MUJER:

De pie o acostada –

FOTÓGRAFO:

De pie, pero hazlo de forma que no se caiga y que uno pueda leer las letras.

MUJER:

Me quedó claro. No hay problema.

Pausa.

Cuando aprieto mis tetas con mis manos, puedo sostener la lata de café con ellas. La lata se siente fría.

Sonreír, muy bien, muy bien, una verdadera risa, muy bien. ¿Así?

Así está bien.

La estilista se ocupa de las latas que van en mi cabello y utiliza un spray. Las latas en mi cabello, la lata entre mis tetas, bien, bien, muy bien.

Un soldado con maquillaje de camuflaje se quita el pantalón de su uniforme de campaña y se coloca una falda escocesa. Todo ocurre en un ambiente de celebración.

HELENA:

Se mudó. – O mejor dicho: empacó sus cosas y se fue, en todo caso era la casa de él, y sus muebles- así no podía vivir.

Apretujó sus cosas en dos maletas y en un morral y se fue antes de que él regresara.

Está en la calle, abajo enfrente a la puerta de la casa. Hace frío, su saco es muy corto, sencillamente no tiene un buen abrigo. Cuando se agacha para recoger sus maletas, el saco, junto con el pulóver y la camiseta se deslizan por su espalda y la descubren.

Hace frío, apenas por encima de los cero grados. Fuma. Busca algo en las maletas que tiene enfrente, sobre el andén, y no lo encuentra. Finalmente lo saca todo, camisas, pantalones, camisetas, ropa interior, cepillos dentales, algo de cosméticos, un par de libros de bolsillo, y por fin encuentra su teléfono celular. Intenta comunicarse con su hermano Miche, pero él no contesta.

¿Con qué contábamos: antes de la orden de avanzar, antes del aterrizaje? La mayoría contaba con una forma poco clara de triunfo. Ese era el punto de partida.

Había algo así como una esperanza abstracta de triunfo, confirmación, victoria. Esto cambió después, cuando estábamos realmente esperando poder aterrizar: cuando esperábamos al bote de aterrizaje, en los aviones y helicópteros. En ese momento pensábamos en playas y en un bronceado nada despreciable. En palmeras y quizás pensábamos también en algo así como selva y desierto. Selva - , si, sabíamos que eso era lo que nos esperaba, pero, ¿cómo no la imaginábamos?: verde, un verde denso en muchas variaciones, desde verde menta hasta, ¿cómo se llama, verde pino? Me había imaginado ríos mansos y anchos, tan crecidos....y no ver el cielo. Cascadas. Plantas espectaculares, hojas opulentas, grandes floraciones, árboles monumentales con raíces gigantes, en parte extraterrestres, culebras, la mayoría había pensado en serpientes, quiero decir, en serpientes grandes, perezosas, de varios metros de largo – no en las otras, las invisibles, las mortalmente veloces.

Más de uno había oído hablar de mariposas muy grandes, en general, según creían, la naturaleza toda, fuera en la selva o en el desierto, se había apurado a crecer varios

números de más, así lo habíamos imaginado, o esa era la imagen que teníamos de lo que nos esperaba, así, a lo mejor, no fuera una imagen que nos hubiéramos hecho nosotros mismos, sino hecha por otro a nuestro nombre; una imagen que, quizás, simplemente habíamos adoptado. El juego de los colores espectrales en la bruma de la cascada, las huellas del viento en la arena, el cielo estrellado en el desierto -esas eran las cosas- las ficciones, que teníamos en la cabeza, pero todas esas imágenes desaparecieron tan pronto como pusimos el primer pie en este continente. En esos paisajes deshabitados de nuestra fantasía sufrimos después muchas pérdidas de hombres y de mujeres: en el incendio, en la selva, en el desierto. Ocurrió tan rápido que ni podíamos seguirlo con la mirada, aún no habíamos visto nada, no habíamos comparado nada, la imagen con la realidad, cuando ya habían caído los primeros, estaban muertos.

Una foto satelital –o algo similar: una mirada desde el universo: tomada por un ojo electrónico, por un lente colocado por encima de la tierra. ¿Qué ve el ojo, la cámara?: la tierra.

Corte 2: Se ve una parte de la tierra, el hemisferio norte con Europa y partes del Atlántico y las regiones norte del continente africano.

Un día claro reina en Europa. Es verano, sólo hay un par de nubes sobre el Vizcaya y sobre Islandia.

El equipo óptico es de gran resolución –y tal vez se trata de algo más que de un equipo óptico. Tal vez el ojo es también un arma. El ojo desajusta la distancia focal, le hace zoom a la imagen.

Corte 3: Europa y África, sin las partes orientales de Rusia.

Corte 4: Europa central; el sur de Italia, Portugal y España están recortadas, igual faltan partes de Escandinavia.

Corte 5: Francia, Alemania, Polonia, Austria, Suiza. El norte de Italia.

Corte 6: La toma de una montaña bajo la clara luz del sol, ¿qué es eso, una parte de los Alpes?, ciudades, asentamientos, un par de ríos, un lago grande. Se ve el reflejo de los rayos solares en la superficie del agua.

Corte 7: Una ciudad centroeuropea grande al pie de un río, con cerca de 800.000 habitantes. *ferrys*, barcos, huellas de tránsito y de viento en el agua.

Corte 8: una parte de esta ciudad, la zona de casas exclusivas, techos cobrizos, árboles altos, grandes jardines, grandes casas. Parasoles, piscinas, campos de tenis, embarcaderos en el lago, toallas sobre el pasto.

Corte 9: en uno de esos jardines una mesa. Las 10 de la mañana, es domingo.

Desayuno.

Té, café, jugo de naranja. Hay *croissants* en una canasta, al lado el periódico. Cuatro personas sentadas alrededor de la mesa: un hombre cercano a los sesenta, peso aproximado ochenta y cinco kilos, una mujer, tal vez algo menor, peso aproximado sesenta kilos, un joven en la mitad de los veinte, peso aproximado sesenta kilos, una mujer joven, veinte añera, peso aproximado cincuenta y cinco kilos.

Corte 10: sobre la mesa, junto a aquellas partes del periódico que nadie lee, un vaso lleno de agua, en el que se quiebra la luz del sol.

SOLDADO:

Rara vez formábamos grandes grupos. Entre otras cosas, por la situación geográfica. En escasas ocasiones avanzamos varios a la vez en grupos numerosos. El ejército decayó de inmediato en divisiones y subdivisiones, en pelotones –entre más movibles, independientes, flexibles, más eficientes, menos vistosos. Pequeñas unidades de combate, muy efectivas, pero difíciles de coordinar, y de difícil reinserción al gran ejército. Cada vez, menos posible.

Y el aprovisionamiento era con cada día más difícil. ¿Dónde están las unidades, sin señal de radio estable, dónde botar las cosas: alimentos y ropa y armas y municiones. Malas condiciones. Mala sangre: ¿quién recibe qué, a quién le corresponde qué, quién

tiene más necesidad de qué? Luchas por la repartición desde el primer momento. Y después: DELTA ZERO cortado, y a 20 kilómetros del lugar dónde debían caer las cosas arrojadas IKA FOX encuentra cajas de municiones colgando de los árboles. Las montañas de la zona sólo permiten una comunicación intermitente con la base. Sin municiones suficientes borrarán a DELTA por completo y se le va a echar la culpa a IKA, esas eran las cajas para DELTA, ¿por qué no se las dieron, si sabían que eran las cajas para DELTA?

- ¿Entonces para quién más podían ser?
- Para nosotros. Nosotros mismos ya casi no teníamos municiones.
- Hicieron que los jóvenes de DELTA ZERO estiraran la pata.
- Dilo otra vez.
- Hicieron que los pelados* de DELTA ZERO estiraran la pata.

Pausa.

¿Qué ocurre después? Violencia.

A voz baja:

- Los pelados de DELTA ZERO estaban rodeados por los cuatro lados, de todas maneras los habrían reventado.

Miche perdió muchos amigos en DELTA ZERO, y con seguridad a él también le habría tocado, si no es porque lo acababan de trasladar a ORANGE FIVE bajo las órdenes de la Sargento Débora, a la que todos llaman Jubjub, porque ella necesitaba un nuevo radio operador:

ahora saca su pistola y se la pone al tipo de IKA FOX en la barriga.

Todos se ponen ya mismo de pie.

- No, no, Miche, cálmate.
- Calma, Miche, bien calmado, para la mierda.
- Para la mierda, Miche.
- Baja el arma, Miche
- Cierra la jeta.
- Baja el arma, Miche.
- Para viejo, no era lo que quería decir –
- Baje el arma soldado.
- Come mierda, coñito...
- Baje el arma, soldado, es una orden.

La mayor Raquel apunta con su arma a la cabeza de Miche desde un metro de distancia.

- Quítense de ahí, fuera –

Los hombres en el área de tiro se cubren.

- Hombre, ya párala-
- Baje el arma
- No quería decir eso, en serio, lo siento.

Miche hunde el gatillo. La bala le destroza al tipo de IKA FOX el área abdominal: estómago, intestino, hígado.

La mayor Raquel dispara y le vuela el occipucio a Miche.

Regla número 1:

Nunca quejarse.

* pelados (Col)= jóvenes.

Regla número 2:
Nunca rendirse.

Regla número 3:
Nunca esperar.

Regla número 4:
Nunca abandonar la iniciativa, nunca.
Siempre ser más rápido.

SUPERIOR 2:

Anoche, a las 21 horas, a la puesta del sol, perdimos el contacto de radio con nuestra unidad Delta Zero. Tememos, no, en realidad sabemos lo peor: la unidad, rodeada y víctima de una balacera, sin refuerzos y sin suministros fue exterminada, porque la munición y los alimentos fueron arrojados 20 kilómetros más al oriente de la ubicación de Delta, lo único que falta por aclarar es el número de bajas.
Sargento-

OFICIAL 1:

A pesar de que nuestro grupo de espionaje ya estuvo allí, el número de pérdidas no pudo ser determinado, mi General.

SUPERIOR 2:

¿No pudo ser determinado? ¿Qué, qué quiere decir con eso?: ¡seguro que todavía es posible contar los cadáveres!

OFICIAL 2:

Pido disculpas, pero ese fue justamente nuestro problema.

SUPERIOR 1:

Sus órdenes eran contar los cadáveres y, de ser posible, recogerlos para que los pudiéramos llevar a casa. Después de todo, todavía ese es nuestro principio: no se deja tirado a ningún hombre, esté herido o muerto.

OFICIAL 1:

Lo sé.

SUPERIOR 2:

Pero –

OFICIAL 2:

Estuvimos –

SUPERIOR 2:

Usted no tiene la palabra.

OFICIAL 2:

Perdón, pero –

SUPERIOR 2:

Usted no tiene la palabra, soldado, además usted no estaba al mando.

OFICIAL 1:

Jonson estaba a la cabeza de nuestro grupo de espías –

SUPERIOR 1:

A la cabeza, ¿y por qué no era usted?

OFICIAL 1:

Como es normal en ese tipo de operaciones, yo estaba en la retaguardia, para ese momento teníamos que contar con un ataque por la espalda.

SUPERIOR 1:

¿Normal?

OFICIAL 1:

Sí, normal –

SUPERIOR 1:

Entonces, ¿para qué estaba al mando?

OFICIAL 2:

Pido...

SUPERIOR 1:

Usted no, usted no estaba al mando –

OFICIAL 2:

El grupo espía estaba –

SUPERIOR 1:

Usted se calla –

Pausa corta.

SUPERIOR 1:

Su informe –

OFICIAL 1:

Cuando, después de una marcha de varias horas, llegamos a la última posición que había dado DELTA ZERO, encontramos la selva –o lo que quedaba de ella- totalmente vacía: sin unidades enemigas, sin heridos y sin los restos mortales de nuestros soldados.

SUPERIOR 1:

¿Qué?

SUPERIOR 2:

¿Qué quiere decir eso?

OFICIAL 1:

No encontramos ningún cadáver.

SUPERIOR 1:

Ningún cadáver –

OFICIAL 1:

Ningún cadáver, mi General, ni uno solo.

SUPERIOR:

Estuvieron en la posición equivocada.

OFICIAL 1:

No hay duda de que la posición era la correcta, por eso está Jonson acá, él estaba piloteando.

SUPERIOR 2:

¿Correcta? Entonces, ¿cómo quiere hacerme entender que no encontró los restos de los soldados caídos?

OFICIAL 1:

Lo único cierto, es que hacía menos de 24 horas se había dado un combate muy fuerte en el lugar en el que estábamos.

SUPERIOR 1:

¿Certo? Según sus declaraciones nada parece cierto -

OFICIAL 2:

Sí, la única certeza es ésa: el suelo aún ardía.

OFICIAL 1:

El terreno estaba completamente quemado, y por todos lados había armas fundidas y restos de vehículos, lo único que no había eran cadáveres.

SUPERIOR 2:

Esto no tiene sentido. Entonces usted no estuvo en el lugar—

OFICIAL 1:

No.

SUPERIOR 2:

Claro que sí, el mismo DELTA ZERO nos informó por radio que más de la mitad de sus 240 personas ya habían caído. Si hubiera seguido las órdenes habría visto esos 120 cadáveres, por lo menos, posiblemente más de 180, si no 200 o los 240, incluso.

OFICIAL 1:

Nosotros somos de una pieza, seguimos las órdenes, allí no había cadáveres. Sostengo mi informe. Como ya lo dije, el suelo estaba totalmente carbonizado, como arrasado por el fuego, estábamos en un claro que se veía como causado por un incendio, ante nosotros no había nada, sólo un carro volcado, ningún sobreviviente y ningún cadáver.

Una mañana veraniega de domingo. Diez horas, el sol alumbra. Mi hermano y yo estamos visitando a nuestros padres este fin de semana. Desayunamos en el jardín, y luego queremos Miche y yo ir a remar al lago con papá. Un día hermoso. Sobre nosotros no hay nada distinto a las crestas de los árboles y el cielo azul. Sobre la mesa platos y tazas y vasos y cubiertos, pan, mermelada, mantequilla, té, café, agua y un jugo de naranja recién exprimido por mamá.

Todos leen el periódico en silencio. Un viejo ritual familiar. Cuando quiero agarrar mi vaso con agua, lo que cojo es la nada.

- ¿Alguien ha visto mi vaso con agua, el que estaba aquí hace un momento?

- ¿Ah?

- El vaso de agua, pero si aquí estaba, ¿no había aquí un vaso con agua?

Todos los días, todas las mañanas se repite el mismo acontecimiento. Al otro lado, sobre el costado oriental del lago, donde la selva es particularmente espesa y se extiende hasta la orilla, lo que hace que ni nosotros ni SOLOMON FIVE controlemos el área con certeza, aparece con la primera luz del día una mujer grande y de cabellos negros, vestida con un traje naranja rojizo que brilla incluso bajo el azul tenue de la media luz. Frente a la pared oscura e impenetrable de la selva, está ella de pie con su brillante vestido naranja. La mujer grande se arrodilla, se arrodilla al borde del lago y con sus manos vacías bebe agua. Bebe. O parece beber, en el albor claroscuro del día no es fácil de distinguir lo que hace, a lo mejor también se lava la cara. Tan pronto los primeros rayos del sol tocan a sus espaldas las crestas de los árboles, el chirrido de los micos y de los papagayos se desencadena y la mujer grande de vestido brillante desaparece en la maleza.

SOLDADO:

Ya nadie tiene el uniforme completo. No está pensado para un país como éste, acá hace mucho calor y en la época de lluvia es muy húmedo. Las mujeres ya no llevan más que un top de color verde oliva, ninguna camisa, ningún saco. Nadie porta ya sus insignias de rango, porque ya nadie lleva hombreras. Mujeres en top y sin insignias, mujeres que saben manejar su arma. Con armas automáticas y con piezas de artillería pesada. Estas son mujeres bien entrenadas, musculosas, y sin embargo flacas, que saben manejar ametralladoras, incendiarios y bazucas. Las mujeres de mi división se llaman Dana, Spiff, Débora – o también Jubjub, Raquel y Helena. Son guerreras peligrosas, todas estuvieron desde el principio y hasta ahora nunca han tenido vacaciones para regresar a casa, no pueden irse, la capitana Dana, la sargento Spiff, la capitana Jubjub, la mayor Raquel, la sargento Helena.

Es mejor saber con quién se está metiendo uno sin necesidad de insignias. Regla importante: nunca tener relaciones sexuales con una superior, trae mala suerte, sale mal, siempre salió mal: Philipp se acostó con la sargento Spiff, una semana después cayó en Bargorak.

Carlos no llevaba mucho tiempo adentro, pero se acostó con la capitana Jubjub y lo agarró dos días después un ataque aéreo en pleno campo abierto, corrió para salvarse pero no tuvo ningún chance. Inmediatamente después, Jubjub derribó con su lanzamisiles el helicóptero que lo había matado. Martín se acostó con Helena, la sargento Helena, la hermana de Miche, y sólo dos horas después una mina quiebra patas le destrozó el tronco, eso no le quedó nada más abajo del ombligo, y sobrevivió aún un par de minutos, sordo en plena conmoción.

- ¿Me escuchas?
- Sí, te escucho, te escucho bien –
- ¿Me escuchas? Acá esto está tan callado.

Ricki se acostó con Spiff y pocos días después cayó muerto en un tiroteo, Lupo se acostó con la mayor Raquel y después él y su pelotón fueron emboscados, y ninguno pudo escaparse. Finch se acostó con Jubjub y dos semanas después lo alcanzó una granada. Dos semanas- ya pensaba él que lo había logrado, ya pensaba que había roto el hechizo, la maldición. Él pensaba que iba a sobrevivir. Es lo que piensan todos. Siempre. Siempre de nuevo. Spiff tuvo la mayoría de pérdidas, la llamamos la viuda, fue la que más hombres tuvo: pobres pendejos, que están detrás de hembras en top y que sepan usar armas.

¿Dónde están los medios? La televisión. Los fotógrafos. Un par de periodistas todavía están acá. Nada que se van. Se autodenominan corresponsales, pero ya nadie informa sobre nada. Sobre todo porque ya no hay nada nuevo qué informar. Porque desde un punto de vista puramente visual, nada cambia. Las imágenes son siempre las mismas.

Al principio de esta guerra, un helicóptero lleno de periodistas explotó en el aire. Murieron treinta y cinco reporteros y fotógrafos y camarógrafos. ¡Y claro, no podía ser distinto: de esa catástrofe no hubo imágenes! Pero algunos aún están acá. Están en un hotel en la costa que no fue destruido en la primera ola de ataques. El tiempo de los reportajes comprometidos desde la selva o el desierto hace rato pasó. Se quedan en la costa. Tienen la esperanza de poder llamar por teléfono a su casa. Tienen la esperanza de encontrar un vuelo que los saque de aquí, pero el aeropuerto está cerrado, la mayoría de pistas de aterrizaje están destruidas o minadas. No saldrán de acá.

- Hay pérdidas. Seguro que algunas funciones físicas ya no responden.
- ¿Qué quiere usted decir?
- Son pérdidas.
- Sí, pero cuáles. Si quiere que le ayudemos, tiene que decirnos qué le hace falta.
- Tal vez son los ojos.
- ¿Tal vez? ¿Cómo así que tal vez? Son los ojos, ¿sí o no?
- No puedo responderle.
- Usted no puede ver bien, ¿es eso?
- No, veo perfecto.
- Entonces, ¿dónde está el problema?
- No puedo leer.
- ¿Cómo?
- Ya no puedo leer.
- ¿Quiere decir que no ve bien las letras o quiere decir que ya no reconoce el alfabeto?
- No, no –
- No, no, ¿qué?
- Todavía puedo leer, pero ya no puedo leer.
- Ajá.
- Ya no puedo leer textos seguidos. Sólo puedo leer palabras sueltas. La frase completa no la puedo leer. Siempre tengo que empezarla de nuevo y nunca la acabo.

Un rascacielos bajo el sol del medio día. Toda la fachada es de vidrio. Y de repente ya no hay vidrio –simplemente desaparece, de un segundo al otro. No se quebró, ni se hizo pedazos, no se desmoronó, no se derritió: simplemente ya no está. Las personas están ahora en unas oficinas abiertas. El viento se cuela por entre sus escritorios, los papeles vuelan por las angosturas de las calles. Caras de asombro. ¿Nadie herido? El miedo llega sólo un par de segundos después. Las pantallas de los computadores están vacías. Los cables de fibra óptica, las paredes de los ascensores que suben y bajan por el atrio de la fachada, todo el vidrio desapareció. Nada funciona. Los marcos de las gafas de los empleados son ahora monturas vacías. Alguien tropieza con un escalón. El vidrio de la botella de vino que tenía el hombre abajo en el bar desapareció de su mano, y el líquido se estrella contra el suelo. También la casa está vacía: un andamio sin piel, un núcleo sin sentido.

Entretanto hay una verdadera escasez de suministros, las máquinas transportadoras no llegan y los refuerzos sólo llegan cada semana. Las unidades dependen cada vez más de sí mismas,

- Nos olvidaron.
- Sencillamente olvidaron que estamos acá afuera.

Y más tarde llega el momento inevitable en el que las unidades pelean entre sí por las municiones, el combustible, la alimentación, el agua, primero en forma oculta, y luego cada vez más abiertamente.

Nuestros aliados son
ORANGE FIVE

DELTA TWO
SOLOMON ONE

Frente a IWO YAYA somos neutrales. Nos toleramos, no nos ponemos en el camino del otro. No los apoyamos y ellos no nos apoyan.

IWA DOS son nuestros enemigos.

Igual que

JAMAICA EIGHT

WEST FOURTEEN

GOYO THREE

SOLOMON FIVE.

Los ORANGE FIVE están enemistados con IWO YAYA, pero no con JAMAICA EIGHT. DELTA TWO son neutrales frente a GOYO THREE y SOLOMON FIVE, pero están enemistados con nuestro aliado SOLOMON ONE. El hecho de que ambos están luchando con nosotros contra IKA TWO, JAMAICA y WEST es posiblemente un estado pasajero. Todo es solamente un estado pasajero. Todas son alianzas que cambian rápidamente, uniones temporales, nada es durable. Nada es seguro.

Una tela rosada harapienta y un destello rosado entre las hojas, alguien se da a la fuga entre el verde –no se puede reconocer quién es:

- ¡Deténgase!

Crujir del monte, hojas.

- ¡Deténgase!

- Empezamos la persecución, o no –

Pausa corta.

- Todavía podríamos atraparlos.

- Podría ser una trampa, un señuelo.

- ¡Naranja rojizo, allá atrás! ¿Qué es eso? ¿Una mujer?

- ¡Deténgase!

- Los acorralamos. No disparen.

Regresamos de la misión, la sargento Jubjub dirige nuestro pelotón, está sudada, tiene lodo, camuflaje y sangre en la cara y en los brazos desnudos.

Se desviste, alrededor del cuello delgado lleva aún la placa plateada de identidad, qué edad tendrá, difícil de adivinar, por los treinta, algo mayor, tal vez.

- ¿Vienes a ducharte conmigo?

- ¿Quién? -

- Tu

- ¿Yo?

- Sí, tu -

- Ah, jey Jubjub -

- Ven conmigo -

- yo, yo no creo que sea una buena idea -

- ¿Qué quieres decir?

- Yo, eso quiere decir, mejor dicho, yo creo, no es una idea muy buena, después de las misiones las duchas están reservadas para los oficiales de mayor rango primero -

- ¡Qué va, pura paja!

- Quiero decir, tu eres sargento, y yo sólo soy –tu sabes exactamente a qué me refiero, piensa en Carlos, piensa en Finch, piensa en todo el resto –

- Eso es pura paja –

- No –

- Es pura paja, ven, ven conmigo. Ven.
- Eso trae mala suerte Jubjub, trae mala suerte.
- Hombre, ¡pura paja!

Pensábamos que eran cajas de municiones o de suministros – o de algún material. En vez de eso, los aliados nos envían, en una caja que inexplicablemente nos llega por equivocación, faldas escocesas. Faldas escocesas y gaitas. Eso fue cerca de Asak-Tar, muy cerca del lugar en el que el río desaparece en la montaña. Ahí estaba la caja en el polvo, intacta aún, el paracaídas totalmente hecho jirones, aleteándole al viento. Nadie decía nada, únicamente sonaba el ruido.

Y entonces alguien cogió la palanca y levantó la caja. Esa caja gigante, uno coma cinco por dos metros, por lo menos, pesada. Un montón de faldas en los colores del altiplano escocés, de los brezales de escocia, o de los colores que yo me imagino que hay allá, porque nunca he estado allá, sólo conozco las fotos, y sé que esas son gaitas, pero no conozco la música de allá a parte de una canción de Paul McCartney. Pero empezamos a ponernos las faldas, a vestir los colores del norte de Europa en la mitad de África.

Doscientos guerreros en los colores del altiplano holandés, hombro a hombro, con armas automáticas y gaitas. The Ancient McEwan. Black Watch. Anderson. McIntyre. Lindsay. The Hunting Steward. Estos son nuestros tartanos.

Esta es una guerra de tres o cuatro frentes y en el fondo ya nadie sabe por qué estamos acá y si sólo estamos acá porque ya no podemos salir. Ahora sólo peleamos porque queremos irnos, pero esa no fue la razón para haber venido.

Noche tras noche hay balaceras hasta horas tempranas de la mañana, en el fondo sin sentido, pero mantiene firme el estado de cosas que necesitamos para existir. Y entonces, una mañana vienen los que se deslizan por el aire:

Aviones delgados y planos, tan planos como si vinieran por tajadas, e infinitamente rápidos, los podemos divisar en el sol profundo de la mañana pero no los podemos oír, y no los detectamos en el radar –

- ¿Qué es eso, qué es eso?

Y en ese momento abren fuego con los blancos bien definidos. La defensa antiaérea es eliminada a los pocos segundos, pero no sólo la nuestra porque por la radio escuchamos a GREEN SEVEN, y a ellos les ocurre exactamente lo mismo, hasta que todo lo eléctrico colapsa.

- ¿De dónde viene eso?

- Eso es el RADIOACTIVE FALL OUT.

- No es ninguna FALL OUT, en las imágenes de satélite no vemos nada, y no hubo detonación, no medimos ninguna radiación y la tensión de la red dice que esto es otra cosa.

- Nunca en mi vida había visto estos aviones –

- No son aviones, son cohetes.

- ¿Cohetes?

- Cohetes, que vienen directo del espacio, no son aviones contruidos por manos humanas, son extraterrestres que nos vienen a cazar.

Un hombre vestido con un traje de mujer que parece asiático –Suzie Wong. Está maquillado y con el corte de cabello de una asiática del tiempo de los años sesenta o setenta del siglo veinte. El único detalle que no concuerda son los zapatos: el – o ella – lleva puestas unas botas militares abiertas. Enfrente suyo un oficial.

OFICIAL:

- ¿Quién es usted?

No hay respuesta.

OFICIAL:
Díganos su nombre.

No hay respuesta.

OFICIAL:
Díganos su nombre, soldado.

No hay respuesta.

OFICIAL:
Por favor.

Pausa.

OFICIAL:
Se lo pido. Díganos su nombre.

VINH:
Mi nombre es Vinh. Phu Dien Vinh.

OFICIAL:
Phu Dien Vinh.

VINH:
Así es.

OFICIAL:
Bien.

Pausa corta.

OFICIAL:
¿Cómo le debo llamar?

VINH:
Vinh.

OFICIAL:
Vinh, ¿qué es usted, hombre o mujer?

Vinh sonríe.

VINH:
Una mujer.

Pausa corta.

OFICIAL:
¿Qué edad tiene, Vinh?

VINH:
Nací en 1940 en Saigon.

OFICIAL:

Ajá. Entonces, ¿qué edad tiene usted ahora?

VINH:

Usted mismo lo puede calcular.

OFICIAL:

Podría.

VINH:

Entonces, hágalo.

OFICIAL:

El resultado al que llego no me parece satisfactorio, Phu Dien Vinh.

VINH:

¿No?

OFICIAL:

No.

VINH:

Lo siento.

OFICIAL:

Y por eso me gustaría que usted misma me dijera cuántos años tiene.

VINH:

Está bien.

OFICIAL:

Muy bien.

Pausa.

OFICIAL:

Entonces –

VINH:

Tengo veintiocho años.

OFICIAL:

Veintiocho.

VINH:

Así es.

Pausa corta.

OFICIAL:

Según eso escribamos el año 1968.

VINH:

Puede ser.

OFICIAL:

Pero no escribiremos el año 1968.

VINH:

¿No? ¿Acaso ya tenemos el año 1969?

OFICIAL:

Tampoco el 69.

Pausa corta.

OFICIAL:

Y su nombre tampoco es Phu Dien Vinh.

Pausa corta.

VINH:

Claro que sí.

OFICIAL:

Y usted no nació en 1940 en Saigon.

VINH:

Ah, ¿no? ¿Y usted cómo lo sabe?

Pausa corta.

OFICIAL:

En el brazo izquierdo usted tiene un tatuaje. Una D y un cero. Y encima un águila.

VINH:

Me obligaron a desvestirme. Yo no quería.

OFICIAL:

Siento mucho que la hubieran obligado a eso.

Pausa corta.

Pero era necesario. Muchas cosas serían más sencillas, si cooperara.

VINH:

Estoy acá porque me trajeron a la fuerza. No voy a cooperar. Quíteme las cadenas. Y quiero que me devuelvan mis zapatos.

OFICIAL:

Usted perdió sus zapatos cuando estaba huyendo de nuestra patrulla.

VINH:

Quiero que me los devuelvan. Eran unos zapatos únicos.

OFICIAL:

No tenemos sus zapatos, soldado.

VINH:

Mi nombre es Phu Dien Vinh. No me llame soldado, no soy ningún soldado.

OFICIAL:

Su nombre es Oliver Olson, y usted es un soldado.

VINH:

No.

OFICIAL:

¿Qué lleva alrededor del cuello?

VINH:

Una cadena.

OFICIAL:

Una cadena – la cadena tiene un dije.

VINH:

Así es.

OFICIAL:

¿Qué clase de dije es ese?

VINH:

Una joya, nada especial, diría yo.

OFICIAL:

No es ninguna joya.

VINH:

Entonces, ¿qué es?

OFICIAL:

Es un distintivo. Una marca de identificación. Esa es su marca como soldado.

VINH:

Absurdo.

OFICIAL:

Su nombre es Olson. Usted era un oficial de la unidad DELTA ZERO. Al igual que todo el resto de integrantes de DELTA ZERO, usted es tenido por desaparecido desde hace años. A nivel no oficial usted es tenido por muerto.

VINH:

Mi nombre es Phu Dien Vinh.

OFICIAL:

Su nombre es Oliver Olson.

Pausa.

¿Por qué se quedó con la marca durante todos estos años?

VINH:

Porque no es ninguna marca.

OFICIAL:

Claro que sí, esa es una marca. Mire, yo tengo una muy parecida, se ve casi igual, lo único que cambia es el número.

VINH:

Coincidencia.

OFICIAL:

Queríamos avisarle a su familia. Que lo encontramos.

Pausa.

OFICIAL:

Pero ya no hay nadie a quien avisarle.

Sacude los hombros.

OFICIAL:

Su madre murió hace como un año.

Pausa corta.

Y su hermano Jojo y su hermana Alina murieron ambos en misiones militares en Malasia.

Pausa corta.

Siento mucho tener que decirle esto, Oliver. Pero usted tiene que saberlo.

VINH:

No tengo ni idea de lo que está hablando. No conozco a esas personas que menciona. No tengo hermanos. Mi madre murió inmediatamente después de mi parto en Saigon.

OFICIAL:

Hablemos de su unidad, Hablemos de DELTA ZERO.

Silencio.

OFICIAL:

Usted es tal vez la única persona que nos puede decir qué fue lo que sucedió ese día.

Pausa. Silencio.

OFICIAL:

¿Dónde están los cadáveres?

VINH:

¿Qué cadáveres?

OFICIAL:

Los cadáveres de sus compañeros.

VINH:

No tengo ni idea de qué está hablando.

OFICIAL:

¿Dónde están los cadáveres?

VINH:

Ya no más. Deje de gritarme. No tiene ningún derecho de gritarme. Yo no lo puedo ayudar.

OFICIAL:

Usted tiene que ayudarme, Vinh, usted tiene. Usted es la única persona que me puede ayudar.

Nunca antes había visto a la niña. Tenía que ser nueva, a lo mejor la habían trasladado. Desde hacía dos días estaba con nosotros. Se veía igual que el resto de mujeres, trataba los restos de su uniforme igual que todas, el top, la cinta en la frente, el cabello corto. No se le podían reconocer las insignias, pero había estado junto a ella durante la llamada a fila, cuando hizo el saludo enfrente de mí. Ahora está en la barraca de bambú que tengo enfrente a mi escritorio.

- ¿Nombre?
- Kowacek, mi mayor.
- ¿Rango?
- Alférez, mi mayor.
- Decanse, alférez. ¿De dónde viene usted, alférez?
- ¿De dónde yo? – No entiendo la pregunta, mi mayor.

Pausa.

- Entonces la vuelvo a hacer: ¿de dónde viene usted, alférez? ¿Quién la envió aquí?
- Me degradaron, mi mayor.

Pausa.

OFICIAL:

Escucho.

Ella se pone algo nerviosa, en forma casi imperceptible, pero el ojo entrenado se da cuenta.

- Hasta ahora había tenido la misión de fijar el blanco en el 5. batallón, 4. compañía, 5. pelotón. BLACK TEN.
- ¿No están ellos en la India?
- Así es, mi mayor.
- Y ahora está acá. ¿Por qué?
- Decisión del cuartel general, mi mayor.
- Acérquese, alférez.
- A sus órdenes.

Se acerca.

- No, más cerca, aquí, al otro lado del escritorio.
- Mayor –

Pausa.

- Justo ahí quería ir, mi mayor.

Me levanto y la halo hacia mí. Mi brazo alrededor de su cadera. Se asombra, pero no demasiado.

- Ven aquí.

Pausa.

- Bien.

Vamos directo al grano. En esta guerra nadie tiene tiempo. Le subo el top, senos muy bellos, me abre los pantalones, yo los de ella. Hacemos el amor sobre el escritorio de mi barraca. Tiramos con bastante fuerza, burdamente y antes de que ella venga, se confirma la sospecha que tuve desde el principio: de repente algo cambia, su piel, su cuerpo. Esa piel tersa que tenía deja de ser lisa.

Todo el cuerpo de la mujer parece comprimirse y volverse a estirar: el color de su piel se vuelve más claro y más oscuro, casi diría que palpita, finalmente se convierte enfrente mío en un "alien". Esa cara sudada, pecosa y de nariz pequeña que había tenido enfrente desapareció. Este es ahora el cuerpo de una lagartija, con la doble hilera de dientes que tiene un pez rapaz. Sus brazos se convierten en tentáculos, un puño firme como el acero me agarra el cuello, algo se me enrolla alrededor del cuello, me va a matar. A cada rato hay infiltraciones de "aliens" en nuestras unidades. Adoptan la forma humana y nos espían. Casi que el único método que hay para identificarlos es teniendo sexo con ellos. Los extraterrestres son capaces de copiar el cuerpo humano hasta el más mínimo detalle. El cuadro hemático, el ADN, todo: pero sólo cuando el extraterrestre está en una situación que lo supera existencialmente, que no puede controlar en su forma de humano, regresa a su forma original para protegerse. El "alien" aún está debajo mío y uno de sus tentáculos me corta el aire y amenaza con romperme el cuello.

Para el caso de que se confirmara mi sospecha tenía mi pistola lista a mi derecha sobre el escritorio, pero ahora me hacen falta dos centímetros para alcanzarla con mi mano derecha. Toso, creo que la cabeza me va a explotar. Con la mano izquierda intento zafar el tentáculo que tengo en el cuello. El "alien" intenta mordirme el cráneo y en ese intento se modifica nuestra posición algo mínimo, alcanzo el arma y disparo inmediatamente. Como por acto reflejo, los tentáculos se sueltan, la violencia del disparo arroja al "alien" lejos de la mesa, pero de inmediato se pone de pie, estamos frente a frente, la superficie de su cuerpo parece no haber sufrido ningún daño. Ninguna herida, nada de sangre. Y después escupe la bala —como el "Hombre que ríe" en la narración de J.D. Salinger— me dispara desde su boca mis propias balas en mi contra. La primera falla, pero la segunda acierta y se queda clavada en mi clavícula. Entonces, el "alien" se trepa encima mío. Lo veo a los ojos. Le veo los dientes. Huelo su respiración. Entonces se abre bruscamente la puerta. Dos soldados abren fuego con sus ametralladoras. Astillas de madera vuelan alrededor mío. El "alien" saca de sí un alarido indescriptible, nunca antes oído en la tierra. Al parecer no sabe cómo manejar los disparos automáticos. Al parecer siente dolor. Se lanza a través de la pared, rompe los bambúes y desaparece en la selva.

Venimos de un mundo que a lo mejor ya no existe. Vivíamos como en una isla. Venimos de una cultura que se está yendo a pique. De una civilización en ruinas; tal vez. No, seguro. Venimos de un mundo viejo y la civilización, por la cual estamos acá, a lo mejor ya dejó de existir.

OFICIAL:
Hablemos de su vestido.

Pausa.

OFICIAL:
¿De dónde lo sacó? De estos vestidos no hay aquí.

VINH:
El vestido lo tejí yo.

OFICIAL:
Tejido.

VINH:
Sí.

OFICIAL:
¿Un vestido asiático?

VINH:
Asiático, correcto. Suzie Wong.

OFICIAL:
Suzie Wong.

VINH:
Así los llaman. El corte es muy sencillo.

OFICIAL:
¿Por qué Suzie Wong, Olson? ¿Por qué un vestido asiático de mujer?

VINH:
En mi patria todos lo usan.

OFICIAL:
En su patria.

VINH:
En Saigón.

El no se lo había imaginado así: que un día fuera a cerrar la puerta de su casa por última vez, que un día por última vez bajara los cuatro pisos de las escaleras pintadas de café rojizo con no más que una maleta de viaje, jamás equipaje pesado, según dicen, Charles Lindbergh llevaba siempre consigo, sin importar a dónde fuera, dos pares del mismo vestido-, que alguna vez bajara las escaleras a sabiendas de que era la última vez que lo haría. Que no hay un retorno. Que eso fue todo. No había pensado que le pudiera ocurrir, no había contado con eso, él creía que todo podría continuar como hasta ahora, y por qué no. Un corte. Una transformación irreversible. La última vez. Hasta ahí fue. Largo. Largo. La escalera, las puertas, el corredor, la calle. Esto él no lo tenía conciente, a lo mejor también lo había reprimido: que algún día todo dejaría de ser. Se acabó, pasó. Y ahora, ¿a dónde?

IWO YAYA nos atacó una patrulla. Lo inusual esta vez fueron el momento y el lugar del ataque. No entiendo el sentido estratégico de este ataque. Según mis cálculos, este ataque es totalmente absurdo. Fue una emboscada. Vinieron desde tres direcciones distintas y teníamos pocas posibilidades para cubrirnos, pero lo que teníamos era suficiente para defendernos. Al final IWO YAYA no tuvo menos pérdidas que nosotros – cinco hombres a lado y lado. No entiende qué pretendía.

A lo mejor querían debilitarnos, pero a los que más debilitó este ataque fue a ellos.

Regreso al campamento. Pienso en los muertos y en la estrategia que no entiendo.

¿Qué significa esto? Estoy sudado y lleno de sangre. La cara aún llena de camuflaje.

Después de la época de lluvia los tanques del agua están llenos. Se construyeron duchas provisionales, envueltas con tiras de papel, grandes y blancas.

Quiero tener sexo. Hace media hora nos estaban disparando a mí y a mi pelotón, pero como se dice, no fuimos presa fácil. Cinco de nosotros, Schrader, Lax, Lobrock, Tenent, Oliver y cinco de ellos, Conrad, Séller, Dowland, Arle, Grossa: claro que los conozco, veníamos en el mismo bote de aterrizaje, estuvimos allí, fuimos la primera ola de ataque.

Todos partimos de la idea de tener que estar aquí cinco años más, o a lo mejor por siempre. No habrá retirada, porque no puede haberla. Por eso no entiendo la estrategia de buscar agotarnos. Este ataque no puede adscribirse a ninguna meta estratégica. Lo relevante, desde el punto de vista estratégico, son las reservas de combustible, los depósitos de las municiones, las pistas de aterrizaje. Los tanques de agua. Junto a los tanques del agua hay un soldado en guardia.

- ¿Vienes a ducharte conmigo?

- ¿Quién? -

- Tu

- ¿Yo?

- Sí, tu -

- Ah, jey Jubjub -

- Ven conmigo -

- Yo, yo no creo que sea una buena idea -

- ¿Qué quieres decir?

- Yo, eso quiere decir, mejor dicho, yo creo, no es una idea muy buena, después de las misiones las duchas están reservadas para los oficiales de mayor rango primero -

- ¡Qué va, pura paja!

- Quiero decir, tu eres sargento, y yo sólo soy –tu sabes exactamente a qué me refiero, piensa en Carlos, piensa en Finch, piensa en todo el resto –

- Eso es pura paja –

- No –

- Es pura paja, ven, ven conmigo. Ven.

- Eso trae mala suerte Jubjub, trae mala suerte.

- Hombre, ¡pura paja!

Según lo que entendemos por planeta, éste no es en realidad un planeta, pero carecemos de un mejor concepto para describirlo. No es una masa geológica. Es orgánico. Vive y está habitado por seres vivientes. Tiene aproximadamente el tamaño de nuestra luna. Su simple existencia supera todos nuestros modelos científicos. No es ni un planeta ni un animal ni una planta. Su sistema biológico es altamente complejo. El planeta se alimenta de sus propios parásitos. Los habitantes del planeta viven de él pero al tiempo le sirven de alimento. Esto es válido tanto para esporas, hongos y algas como para formas mayores de vida como, por ejemplo, para los agresores que nos están atacando, los “comevidrios”. Esa es la razón por la cual los comevidrios nos atacan: están buscando un nuevo planeta, un planeta que puedan explotar sin que el planeta los explote a ellos. Llamamos a los agresores comevidrios

porque se alimentan de las secreciones del planeta. Esas secreciones tienen un fuerte componente de silicio. Al principio creíamos que querían el agua de nuestros mares, ríos y lagos. Pero era un error.

El planeta viviente suda vidrio. Para los agresores, ese vidrio es su principal alimento. Cuando el planeta se devora sus parásitos también absorbe el vidrio, pero vuelve a secretarlo a través del sudor. Es un ciclo.

En razón de su extraño metabolismo nos superan en muchos sentidos, sin esperanza alguna de hacerles competencia. Se adaptan con mucha mayor facilidad a todos los medios que el ser humano. Esa capacidad va tan lejos que pueden adoptar la forma de los humanos, pero igual podrían adoptar cualquier otra forma. En la bioquímica de estos extraterrestres, el silicio cumple el papel que en nosotros cumple el carbono. Hasta el momento no hemos encontrado el arma adecuada para matar a los comevidrios. Con armas lanza llamas hemos podido herirlos, también los hemos podido aturdir, pero no los hemos matado. Lo único que en verdad ayuda son los lanza llamas.

Pero a pesar de eso, a largo plazo ganaremos la guerra contra los invasores del espacio.

¿Por qué?

Los comevidrios pueden matarnos, nos atacan con armas de rayos laser, pero lo más peligroso es la lucha uno a uno. Les gusta arrancarle la cabeza a nuestros soldados, de un mordisco.

Pero sólo saben matar en forma puntual. Siempre matan a sus enemigos uno por uno. A uno después del otro. También desde el aire. No entienden la lógica de las armas de destrucción masiva. En ese aspecto son como los animales.

El hecho de que ahora estén atacando a África indica que poco a poco han venido entendiendo la relación que hay entre la arena y el vidrio.

Cada uno de nosotros acá había hecho sus propios cálculos. Cálculos y estimación de miedos. Pero nadie había contado con esa dimensión infinita del miedo que tarde o temprano se apoderó de cada uno de nosotros y que desde entonces no nos suelta. No hay forma de desprenderse de ese miedo. El miedo a no sobrevivir, el miedo justificado por la propia vida es tan grande que enturbia todos los demás sentidos: Los oídos zumban.

El ámbito visual se reduce.

A uno le falta aire.

Lo único más grave que este estado es cuando llega a no tener fin, cuando la sensación de amenaza no cesa, cuando este miedo está con uno por días, meses, años. Todos, también los que nunca han sufrido ningún daño corporal, llevan la marca física de ese miedo-

pero hay maneras y medios que le ayudan a uno vivir con ese miedo. Hay formas para llegar a convivir con él. Narcotizarse es una de ellas. Pero ese atolondramiento narcótico sólo sirve para olvidar el peligro y el miedo, no para dominarlos. Todo medio para luchar contra el miedo tiene un precio, esconde peligros propios. El precio de narcotizarse es que uno pierde capacidad de acción. A menudo, el mayor riesgo es no ver el riesgo que esconde este medio, porque justamente es el que nos protege del pavor: hablo de la droga. El aturdimiento cubre el miedo, se coloca sobre él como un velo, como una película de protección, pero a la hora del enfrentamiento lo lleva a uno a una muerte segura. Para la batalla se necesita disponer de algo que le quite el miedo a uno pero que, a la vez, le garantice plena capacidad de acción. Uno de los efectos secundarios y visibles del miedo es, a menudo, el adormecimiento. El miedo le quita a uno fuerza. El miedo lo cansa a uno y lo vuelve frágil. Quien supera el cansancio a lo mejor supera el miedo. En los primeros meses, cada uno de nosotros, sin excepción, tomábamos dextroanfetamina. La dextroanfetamina lo despierta a uno, y en verdad le quita el miedo, pero al poco tiempo ya se había agotado y poco después los refuerzos dejaron de llegar. Hoy por hoy hay un mercado negro de

dextroanfetaminas entre las tropas, pero a menudo lo engañan a uno y le venden placebos de fructosa. La cocaína tendría un efecto similar a la dextroanfetamina, sólo que más fuerte y sería problemático dejarla.

A mediano plazo, lo que sigue a este estimulante es la depresión. A pesar de eso, varios de nosotros la consumen, según dicen, pero es muy difícil de conseguir. Casi imposible. Lo mismo con las anfetaminas.

Desde la escasez de dextroanfetamina recurrimos a la cafeína. La consumimos en todas sus formas: en tableta, en la Coca Cola, sobre todo en el café. El café se convirtió en la base de nuestra supervivencia, especialmente el café en lata: son latas alargadas, negras que si uno no las abre se conservan una eternidad: contienen una bebida azucarada a base de café expreso. Traemos de esas latas como si fueran municiones.

Es imposible que exista este lugar: es el ojo de la tormenta, aquí el día y la noche son iguales, siempre está oscuro y en la oscuridad brillan las pantallas verdes de los radares, los mapas, los computadores, los diodos lumínicos, los mapas iluminadas con las líneas rojas. Es tan callado que se escucha el susurro de la ventilación en los computadores.

Tenemos que cambiar nuestro modo de pensar. Tenemos que prepararnos. Uno de los problemas es que no podemos prepararnos.

Sabemos qué es lo que sabemos. En algunos casos sabemos qué es lo que no sabemos. Y, además, hay cosas que ni siquiera sabemos que no las sabemos. No se trata de conocimientos. De lo que se trata es de que no tenemos conocimientos.

¿Avanzamos en el esclarecimiento de este asunto? Si. ¿Podemos ser exitosos en la recopilación de datos? Si. ¿Podemos parar sus ataques? No.

Las derrotas son parte de la guerra. Sólo cuando lo aceptemos seremos fuertes. Sólo cuando ellos ya no nos sorprendan. No hay un servicio informativo infalible. Quien lo esté buscando será sorprendido permanentemente y sufrirá. Nuestra razón de NOISE TO SIGNAL, de ruido a señal es de veinte a uno.

Acá todo va junto. Acá todo se coordina. El estado mayor delibera alrededor de esas luminosas mesas de juego. Lo grabamos todo. Retenemos todo lo que deambula por el éter, pero el hecho de que un sonido humano o un sonido de un humano con su computador sean descifrables no quiere decir que contengan información valiosa. A menos que se nos esté escapando algo. A menos que estemos dejando de ver algo que es totalmente evidente. Tenemos que suponer que algo se nos está pasando.

¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué no reconocemos la información con la que contamos – por qué estamos ciegos? ¿Por qué tenemos que ser ciegos?

MacFarlane, Macgillivray, Macintosh, MacPherson, Murria, O’Gilvy, Scout, Sinclair, Shaw. Ross, Robertson, Sutherland, Urquhart.

22 horas 40. Patrulla nocturna. Hoy es luna llena. Los hombres hacen fila. Entre ellos una distancia de tres metros. Blob, que está adelante, levanta la mano. Todos se detienen, se arrodillan. Cubrirse. A este acto lo llamamos, “la devoción”. Nadie se mueve. Blob da la señal de las dos horas, y ahora yo también lo veo: una luz lejana, azul verdosa, como si alguien hubiera apagado un televisor en el medio de la selva. Avanzamos muy lentamente, casi insoportablemente lento en dirección a la fuente de la luz, que al parecer está más lejos de lo que creíamos que estaba. Salirse de noche de los caminos ya señalizados es a menudo una empresa mortal. Todo afán, todo sonido es peligroso. Nos hace falta un explorador. Nuestro explorador recibió hace tres días, durante un tiroteo, una bala en la frente. No creo que hubiera sido un tiro a propósito. Nadie le dispara a los guías aborígenes, como prisioneros serían mucho más valiosos.

Una hora después, sin haber hecho ruido alguno, avanzamos algo así como dos mil metros. La luz desapareció o se extinguió. Estamos al borde de una especie de claro de bosque. La luna acaba de desaparecer detrás del monte de una nube cargada de agua. Pronto será de nuevo época de lluvia. Se ve como si fuera una amenaza de incendio forestal. 23 horas 52. La luna vuelve a salir. Así mismo, la luz aparece de nuevo.

10 metros adelante nuestro, en medio del claro de bosque, hay un jeep militar volteado, cuyo sistema de navegación se sigue alimentando de la batería e intenta orientarse. El terreno que hay entre nosotros y el jeep, eso sólo lo vemos ahora, está saturado de cadáveres. Estamos al margen de un campo de batalla. Los cadáveres ya están convertidos en puros esqueletos, pero los uniformes aún están intactos.

- Spiff, esas son, esas son las insignias de DELTA ZERO, me susurra Jonson en el oído.

- No puede ser, los cadáveres de DELTA ZERO nunca aparecieron.

- Pero estas son las insignias de DELTA ZERO.

- No importa lo que sean, mejor las vemos mañana a plena luz del día.

- ¿Nos quedamos acá?

- Regresamos. 00.02. Comunica nuestra posición y demos la vuelta.

- No hay señal, Spiff.

- ¿Qué?

- Sólo ruido, no hay señal.

- En todo caso da la posición y vámonos de acá.

- ¿Se movió algo allá?

- ¿Dónde?

- Allá al otro lado.

- No.

- Estoy seguro, algo se movió.

Pausa.

- De pronto fue un animal.

- Eso no era un animal.

- ¿Entonces qué era? Retirada.

Un ruido.

- Cubrirse.

En el claro de bosque, en medio del terreno cubierto de cadáveres algo hace impacto.

- ¿Qué fue eso? ¿Una granada?

- Un misil, un misil de crucero o un misil Stinger. Si no, los hubiéramos oído antes.

- ¿Misiles?

- Hay llamas en el lugar del impacto. A través de la luz trémula parece realmente moverse algo sobre la geografía de cadáveres.

- A cubrirse.

Un segundo misil hace impacto.

- ¿De dónde vienen?

- Del norte.

- Avísale a la base, que tenemos ataque de misiles.

- No hay señal Spiff, lo siento.

- El segundo venía del sur.

- ¿Del sur? Pero si es de ahí de dónde veníamos.

- Tienen que estar adelante y detrás de nosotros.

El ruido de un automotor nos produce escalofrío. El segundo misil impactó al jeep está de nuevo sobre sus cuatro ruedas con el motor encendido.

- Esto no puede ser.

Dos de los soldados muertos intentan reiniciar el arma automática instalada a bordo del jeep. A nuestro alrededor se desata un tiroteo infernal, sin que ninguno de nosotros dispare un solo tiro – tampoco sabríamos contra quién. Desde todas las direcciones están disparando contra el claro de bosque y cada vez más cadáveres se levantan e intentan defenderse del enemigo que permanece invisible. Vemos los orificios de los que salen las balas, escuchamos los gritos de los heridos y escuchamos las órdenes.

- ¡No disparen! ¡No disparen! Ahorren municiones. Cúbranse lo mejor que puedan.

Ese es Andi, con el que pasé un par de noches muy bellas antes de que fuera trasladado a DELTA ZERO y muriera, reconozco su voz, pero no lo encuentro, no lo veo, allá, en el puesto de copiloto del jeep, a lo mejor la voz viene de allá –

- ¡No disparen! Se nos acaban las municiones.

La lluvia de misiles empieza de nuevo.

- Retirada, retirada, oigo que Andi grita, y su voz se escucha también por nuestra radio.

- Retirada, le contesta alguien

- Retirada a dónde, no podemos regresar

y en ese momento un misil impacta el jeep, lo voltea de nuevo y de repente todo está en silencio. Los cadáveres de los soldados yacen en el claro de bosque bajo la luz de la luna, como si nada hubiera ocurrido. Y entonces emerge un grito seco de la pila de cadáveres: la voz de Andi, era Andi, claramente:

- SPIFF, ¡ACÁBALOS! SPIFF, FUISTE EL MEJOR POLVO EN TODA ÁFRICA!

Psique deambula por el mundo en busca de Amor. Venus acoge a Psique como empleada doméstica, pero le pone tareas irrealizables. Antes de que caiga la noche deberá haber seleccionado todos los granos que hay en un cuarto lleno de una gran variedad de granos.

- Pero un ejército de hormigas viene a ayudarlo.

- Miles de hormigas.

- Después tiene que sacar una madeja de lana de un rebaño de ovejas que comen carne humana.

- ¡Qué narración más bella!

- Pero un junco –

- Un junco –

Previamente, un junco le revela a Psique cómo esquilas las ovejas mientras duermen por la tarde, sin que le pase nada.

El siguiente encargo que Venus le pone a la niña, internarse a la montaña y traer un jarrón de agua de Styx, el tenebroso río que con sus retorcidas curvas envuelve nueve veces al Reino de los Muertos; pero un águila aparece, y le trae el agua. Su última tarea consiste en traer un recipiente relleno de belleza, que debe pedir a Perséfone, la diosa del submundo –

- Y es que Perséfone es famosa por su belleza.

- Pero, ¿cómo se ve Perséfone?

- Perséfone.

- Perséfone es rubia y entre sus senos sostiene bajo presión una lata alargada.

- Perséfone es la mujer del dios de los muertos, Hades, quien es hermano de Zeus. Como el grano, Perséfone pasa una primera mitad del año debajo de la tierra, en la oscuridad, en el reino de los muertos, y la otra mitad en la luz, sobre la tierra. Su belleza es legendaria.

- Psique sabe que esta última tarea equivale a una sentencia de muerte segura. Turbada por la confusión, intenta lanzarse desde una torre al vacío, pero la torre habla con ella y le da indicaciones precisas de cómo realizar la tarea. Entra al infierno por Tairaron.

- ¿Qué hay allá?

- Ni idea. Lo encontré en la enciclopedia.

- Ella está en el mundo de las sombras, pero aún a este lado del río Styx, cuyo rumor ya escucha. La luz es rojo pálido, una nube otoñal al atardecer, pero sin sol. Ella cree que está viendo a través de un pedazo de vidrio rojo, pero frente a sus ojos no hay nada distinto que sus manos descoloridas. El suelo es de arena. El palmoteo de los remos se acerca. Ahí está, con los pies ya casi adentro en esa agua que se encrespa con tanta facilidad. El mismo río que ruga con tanta fuerza allá en la montaña, acá es totalmente callado, su presencia ni siquiera se alcanza a intuir en la niebla de la otra orilla. Sólo ve al balsero, que está parado sobre la proa del bote, cuando éste se encalla. El hombre se ve como si fuera de sal, así de escamosa es su piel. Le da dos monedas.

- Pero el sólo quiere una.

- La otra es para el viaje de regreso.

- No habrá ningún viaje de regreso.

- Claro que sí habrá.

- Él rema, la vela se descuelga lisa hacia el suelo.

- ¿Cuánto tenemos que andar?

- A quién le importa.

Ella está en el mundo de las sombras. Deambula por el mundo de los muertos, reconoce muchas caras conocidas, pero los muertos no la reconocen, porque lo olvidaron todo. Realizan su trabajo sin guardar memoria alguna de su vida pasada. Escarban la tierra gris rojiza. Siembran semillas pero nunca ven los frutos de su hacer. La casa de la diosa de los muertos no es grande. Ningún palacio. Más bien un bungalow o una casa de campo. Cocina americana. Perséfone se cubre la cabeza con una toalla, hace café, ofrece frutas, nueces y papas fritas.

- Y la bebida en lata.

- Siéntate, toma uno de los taburetes.

Pausa corta.

- Pero toma asiento-

- No, gracias.

- Anduviste bastante, ¿no te quieres sentar?

- Pero Psique prefiere sentarse sobre el suelo y no en la silla que le están ofreciendo, y no acepta nada de comer, salvo pan.
- ¿Por qué pan? ¿Por qué el pan sí y las frutas no?
- Ni idea.
- Perséfone le ofrece que tome de la lata que está presionando entre sus senos.

Una pausa más larga.

Risa jadeante, con resuello.

- Cuando Hades la raptó de Sicilia, su isla, y se la llevó al reino de las sombras, Perséfone aceptó comer un par de pepas de granada en esta que hoy es su casa, con lo cual, su unión con el dios de los muertos, que había ocurrido por la fuerza, quedó legitimada ante Zeus y a ella no se le permitió regresar a donde su madre Deméter. Pero, al parecer, está conforme con su destino. Y ahora viene Psique a su casa, para solicitarle, por orden de Venus, un recipiente lleno de belleza; pero siguiendo el consejo de una torre, de la cual quería arrojarse, rechaza –

- De una torre.

- Así es. La torre, de la que ella quería lanzarse, le aconsejó que no aceptara ni silla ni alimentos en la casa de la diosa de los muertos, por lo cual ella se sienta en el suelo y sólo come algo de pan, que ella misma trajo como provisión.

Psique recibe de Perséfone un recipiente cerrado de tal forma que causa alarma, en el que lleva la belleza; se pone en marcha de regreso a donde Venus pero, antes de haber salido a la superficie de la tierra se rinde a la tentación de abrir la botella-

- Ella abre la lata.

- Y no ha terminado de abrir el recipiente cuando un sueño mortal se apodera de ella, porque Perséfone había llenado el recipiente con el sueño de la muerte.

El nombre de nuestros colores es Macgillivray.

ORANGE FIVE porta el Ancient McEwan.

DELTA TWO porta el Lindsay.

SOLOMON ONE porta el Hunting Steward.

La falda escocesa de IWO YAYA se llama Ross.

IKA TWO porta los colores de Sutherland.

JAMAICA EIGHT porta el Urquhart.

WEST FOURTEEN porta el O'Gilvy.

La falda escocesa de GOYO THREE se llama McIntyre.

SOLOMON FIVE porta el MacPherson.

VINH:

Retirada, retirada, escucho la voz de Andi por la radio, y lo puedo ver, sólo está a cinco metros de donde yo estoy, pero hace tanto ruido, los misiles y los tiroteos con ametralladora son tan duros que apenas escucho su voz a través de los audífonos, y alguien responde por radio:

- Retirada, pero a dónde, no podemos regresar,

por todos lados estábamos cercados, y el bombardeo de misiles aumentaba, misiles, no eran granadas, cada una era una detonación escalofriante. Ya no teníamos municiones, no teníamos más que tal vez un cargador por cada hombre, y desde hacía varias horas estábamos esperando en vano el apoyo aéreo o los refuerzos, pero nadie llegó, y cada 20 segundos estábamos perdiendo un hombre, nos enterramos, lo mejor que pudimos, usamos los cadáveres carbonizados de nuestros propios hombres como protección,

- Eso quiere decir que sí, sí hubo cadáveres.

- Desde luego que hubo cadáveres, por montones, incinerados, comprimidos, que en parte usamos para cubrirnos, un misil volteó el Jeep de Andi, pero los hombres, Andi y el soldado con la metralleta instalada a bordo, Toni Morino sobrevivieron, siguieron adelante, hasta que Andi dio la orden de ir al río.

- Al río, son más de 50 metros al descubierto, cuántos llegarían sin vida, tal vez ninguno –

- Y Andi está en todo caso condenado a muerte por el maleficio, por haberse acostado con Spiff.

- Nunca alcanzaremos a llegar al río.

- No hay elección.

Ninguna elección.

Ninguna elección, qué clase de palabra es esa. Quédate y verás como quedas de

tostado con esta granizada, o corre por tu vida, pero la mayoría no lo va a lograr.

Cuando empezó la guerra éramos 240 hombres, ahora somos cuarenta. De éstos, 18 llegaron al río, entre ellos yo, y todos se tiraron a los rápidos de ese río, sólo yo no, se me había olvidado que no se nadar, pero qué podía hacer, quise regresar y cubrirme con cualquier cosa, pero tenía un muro de fuego detrás de mí.

El agua me arrastró, fue como un golpe, el río me empujaba hacia abajo, los otros estaban lejos de mí, de alguna manera volví a salir, tomé aire, a mi lado seguía viendo esa balacera sobre el agua y pensé: ni por un solo momento quiero seguir siendo lo que he sido hasta ahora, quiero ser otra cosa, no un hombre, no un soldado, desde ahora quiero ser una mujer, una mujer en Asia. Quiero alejarme de todo lo que alguna vez fui.

- Nada, tienes que nadar Olson, me habían gritado antes.

- Yo, yo no se nadar.

Me hundí hasta el fondo, me arañé a lo largo del lecho del río, me golpeé la cabeza, me rasguñé la rodilla y los hombros y las manos y sangré, volví a emerger, respirar, siempre respirar, frente a nosotros bostezaba un agujero negro que nos tragó con todo y río y nos condujo hacia una montaña, pero los otros aún estaban muy lejos de mí. Cuando volvía a tener conciencia, nadaba de espaldas por el río, que ahora era de corrientes suaves. El agua me arrastraba. La luz era roja, roja y reducida, todo se veía como si tuviera un pedazo de vidrio rojo frente a los ojos. Tenía la sensación de ir arrastrado hacia una cueva o hacia una bodega, estaba nublado, no podía ver dónde estaba, pero en todo caso pensaba que estaba en alguna bóveda. Mientras estaba en el agua, liberado de todo peso, pensé: esto que tengo encima no es el cielo. Y así seguí, hasta que de pronto surgió a mi lado un bote de remos, ahí iban mis compañeros, con las caras pálidas, en sus uniformes de combate, y me gritaron Olson, Olson, dónde estás, ven, el bote nos lleva hasta el otro lado, pero yo no podía responder, no me salía ni un sonido, y el bote desapareció de nuevo en la niebla, yo escuchaba el palmeteo de los remos, y así el agua siguió arrastrándome, Olson, Olson, dónde estás, ven, el bote nos lleva hasta el otro lado, aún podía escuchar a la distancia, y así seguí transportado a través de la niebla durante largo rato, y pasando a través de una luz pálida y rojiza, todo se veía como si tuviera un pedazo de vidrio cromado frente a los ojos, ya no me costaba ningún esfuerzo seguir nadando, el agua misma me llevaba. Hasta que no sé cuánto tiempo después volví a salir de la montaña y fui arrojado a la orilla. Después de eso nunca volví a ver a ninguno de ellos, pero posiblemente... no, seguro que no hubiera reconocido a ninguno, y ninguno de ellos

me hubiera reconocido, porque en lo que yo me convertí entonces, en ese día en el que las aguas del río me sacaron de la montaña no tenía nada, nada, nada que ver con lo que fui alguna vez.

- Por favor toma asiento –
- No, gracias
- Anduviste bastante, ¿no te quieres sentar?
- No, prefiero estar de pie.
- No lo dudes, siéntate-
- Si insiste.
- Pero claro, siéntate, mira, toma esta silla.
- Gracias, así está bien.
- Pero el suelo está muy frío. Toma la silla. Hay de todo: mesa y sillas, para qué tenemos todas estas cosas.
- No, verdad que no, muchas gracias.
- ¿No se ve todo esto como te lo imaginabas?
- ¿No?
- La verdad es que no recibimos visitas muy a menudo.
- ¿Tienes hambre? ¿Sed? ¿Qué tal el viaje? ¿Pesado? ¿Tienes miedo?
- Pero come algo, por favor, sírvete antes de que todo se enfríe.
- No, gracias.
- ¿No comes nada? ¿No crees que es descortés?
- Yo, yo ya comí, mira, traje pan como merienda para el camino.
- Ah, entiendo, pensaste que no te daríamos nada.
- No, no es eso, simplemente no quiero nada, gracias.
- Como tu quieras.

VINH:

Ese hoyo en la montaña, en el risco, aún lo veo , se veía como una boca torcida, me imagino que el lugar es conocido.

SUPERIOR 1:

No encontramos un solo cadáver.

VINH:

Debieron quemarse por completo.

SUPERIOR 2:

¿Sabe usted lo que se requiere para incinerar por completo un cadáver humano? Se necesita mucho más que un incendio.

VINH:

Lo sé. Yo vi lo que se necesita para que eso ocurra.

Las paredes de la tienda están completamente revestidas de azulejos. Antes había en este local una carnicería, la única en 20 metros a la redonda. Hoy, la carnicería es un bar. El bar queda en la zona neutra.

El suelo tiene baldosas blancas y negras, el techo y las paredes azules y blancas. Son baldosas viejas, algunas están rotas. La tienda es pequeña, no mide más de cuatro por cuatro, junto a la barra no hay puesto más que para cuatro mesas pequeñas. La mayoría de clientes deben quedarse de pie. Suena una cinta con música oriental. Del cielo raso cuelga un acuario con dos peces de colores. Las ventanas están abiertas, pero el aire no corre. El ambiente está totalmente saturado de humo de cigarrillo y hace calor. Al parecer, el nombre oficial del bar es “Lujo”, pero en realidad se llama “La carnicería” o “La vieja carnicería” o “La carnicería de antaño”.

La carnicería recibe dos grupos de visitantes: los que aún son nuevos, que no llevan más de dos años, que aún resisten, que aún desean verificar que están vivos y que, por eso, están dispuestos a correr con el riesgo no poco considerable de andar el camino que conduce hasta la carnicería; y los que ya lo vieron todo, que ya no tienen esperanzas de poder regresar algún día a casa. Con seguridad, todo cliente de la carnicería está totalmente borracho – sin excepción. El que aún está sobrio cuando entra, lo primero que bebe son dos vasos grandes llenos de vodka, dos veces cien gramos o diez centilitros, y después mantienen el nivel. A parte de la música, lo único que reina en el lugar es algo muy parecido al silencio. La embriaguez es tan masiva, que ya bordea con la parálisis.

Dana, quien de repente tiene la cabeza y el cuerpo claros, se para sobre su butaca y empieza a quitarse el uniforme. Pero este no es un lugar para el sexo.

- Esto no es un *striptease*: esto no es una danza sobre la mesa o sobre la barra, y se encarama a su butaca mientras lo dice.

Al cabo de un rato, ya no lleva más que una costosa ropa interior de encaje.

- Esto no es un *striptease*.

- Esto es una reverencia al pasado; ocurre en homenaje a la memoria de otros tiempos; ocurre en homenaje a la memoria de las grandas campañas publicitarias, en homenaje a las imágenes de bellas jóvenes que vestían costosas piezas de encaje y que se les veía estampadas sobre los muros y carteleros de las ciudades.

El uniforme de camuflaje, el arma, las botas están sobre las baldosas blancas y negras del suelo de la carnicería, ella también está ahí, con sus encajes color marfil, se ve como las niñas de las casas de moda Aubade, La Perla o Lise Charmel. Es casi tan joven como las niñas de las fotos publicitarias de antes.

- Como se ve, tan – tan intacta-

- Como las niñas en las fotos de antes, que representaban tanto: buen gusto, bienestar, intimidad, sexualidad –

- Uno se las podía imaginar caminando por sus habitaciones –

- O por las de uno –

- Sólo vestidas con esas prendas tan costosas-

- Mírala bien, mira a Dana, la manera como está de pie, como la niña de la campaña del triunfo-

- ¿Hace cuánto que fue eso?

Ella está de pie, con sus prendas de seda, perfecta, como un monumento.

Todos están prácticamente inmovilizados por el alcohol, sus cosas están sobre las baldosas del suelo. Una capa espesa de humo de cigarrillo. Volar. Un ventilador. Dana aún sobre la butaca, y la música cambia. Ahora suena una canción de música pop de los años ochenta del siglo 20, Abracadabra, de Steve Miller.

I hear the magic in your thighs, y después Miller hace sonidos con su guitarra eléctrica, sonidos que, a lo mejor, hacen brujería desde lejos.

Dana aún está ahí, en silencio, inmóvil. Detrás de la barra el hombre que atiende en el bar, quien se construyó una máscara grande con un cartón: le hizo un par de agujeros al cartón y le pegó un par de orejas a los lados – o cuernos-; ahora se coloca la máscara.

Vendrán; vendrán marchando desde lejos por una pista de polvo, saldrán del río, y seguro que traerán sus uniformes viejos de campaña – o las faldas escocesas negras: The Black Watch.

Todos los diecisiete cantan “The Aire of Flora Dunne” y yo los estaré esperando: Sargento Andi, nos volveremos a ver.

Helena no tenía ningún interés de estar bajo las órdenes de la mujer que le voló el occipucio a su hermano.

La solicitud de traslado, que es de color verde, tiene muy pocas posibilidades de ser aceptada, pero la mayor Raquel la firma. ¿A dónde se va?

Por voluntad propia, ella se va con los paracaidistas a la zona fronteriza entre Pakistán e India. Dos años después ya tiene un batallón a su mando, MICHAEL FIVE. Principal lugar de acción: Malasia.

Pero en ese momento, SOLOMON ONE e IWO YAYA son aniquilados, y finalmente Helena y MICHE FIVE son trasladadas. Bienvenidas de regreso a África. Bienvenidas a casa.

La mayor Raquel se llama ahora comandante Raquel, pero de resto nada ha cambiado. Sobre todo, no ha cambiado en nada el hecho de que la comandante Raquel le hubiera volado a su hermano el occipucio. Helena sabe que esta guerra no puede ser ganada, que no tendrá fin, pero quiere vengar la muerte de su hermano. Raquel la espera.

No olvidar nunca: somos enemigos, pero peleamos del mismo lado. No importa.

Sabía que tendría la esperanza de encontrarme en algún lugar pero, desde luego, no tendrá ninguna oportunidad. Cuando me quiera matar, tendrá que venir al cuartel general. Si es que estoy ahí. Porque muchas veces no estoy. Muchas veces estoy internada en la selva; “pescando mariposas”, buscando agua.

Helena está bien preparada, está preparada para matar sin hacer escándalo, no importa qué tan difícil sea la situación. Ella es exploradora, se puede orientar a ciegas. A largo plazo, Helena no tendrá ningún problema en encontrar a Raquel.

Por lo tanto, Raquel cambia sus hábitos. Desaparece en lugares cada vez más recónditos de la selva, intenta hacerse invisible y, a pesar de todo, Helena la persigue, pero se encuentra con dificultades.

La selva la confunde, a pesar de conocerla muy bien. Tiene dificultades con la luz, con los colores, con los sonidos, con los cantos de los pájaros. Helena misma no se lo puede explicar. Necesitaría la ayuda de su unidad, pero ella misma impartió la orden de que nadie, bajo ninguna circunstancia, ni siquiera si la orden viniera de ella, fuera a seguirla. Por eso nadie viene.

Está en un estado de confusión, a lo mejor es el síndrome de Kaschimir, del cual se dice que no es real, a lo mejor las unidades fueron expuestas por allá a sustancias químicas que le causaron perjuicios de larga duración, daños, perjuicios que sólo ahora comienzan a mostrarse, tiene sentido de orientación y, sin embargo, está confundida. Sigue la huella de Raquel, pero se concentra en lo que no debe, interpreta su entorno en forma equivocada; comienza, por ejemplo, a confundir a los animales, especialmente a las loras, con los soldados de la unidad de Raquel, o incluso con Raquel misma.

Algunas veces cree que está en el lago o en las duchas de la tropa, como antes, con algún soldado joven, como Miche lo era, así como lo hicieron Jubjub y Spiiff en aquel entonces, al parecer, aunque se dice que eso trae mala suerte, y entonces vuelve a saber dónde está, en la selva, está tras la huella de Raquel, le está siguiendo los talones muy de cerca, ya está en medio del campamento de Raquel, sin hacer ruido pasa desapercibida. Raquel y dos oficiales están directo enfrente a ella, Helena pone el silenciador, quita el seguro y dispara, apunta a las cabezas de la misma forma en que Raquel lo hizo aquella vez, la sangre chorrea de la carótida descabezada de Raquel, y Helena recorre el sitio, a sus espaldas hay un ruido, dos, tres, cuatro oficiales haciendo guardia, no tienen ni un chance. En forma sistemática, Helena mata todo el escuadrón de Raquel, un pelotón completo, hasta que al final está parada sobre un montón de cadáveres de loras muertas y decapitadas, todo alrededor es sangre y plumas, y por un momento se detiene a ver a su alrededor, durante todo un momento ve plumas por todos lados, pero no está segura qué debe creer, no confía en lo que ve, y entonces no sabe qué cosa sería más grave: si haber matado soldados o

haber matado loros a los que confundió con soldados; con manos temblorosas abre su maletín de primeros auxilios y una detrás de la otra se inyecta anfetamina, fluoxetina y morfina, y a pesar de eso no logra una imagen más clara, no puede excluir la posibilidad de que hayan sido loros y entonces se dispara por la boca y se vuela la cabeza.

Pienso en antes, en la época en la que el verano es más recio. Nunca fui un gran nadador, pero en verano íbamos en la bicicleta y después también en carro a los lagos de los alrededores, había un lago que quedaba en el cráter de una montaña, el lago Barteroder, como en una caldera. Más tarde ya no se trataba de ir a nadar, sino de ver a las niñas. Bianca e Iris, la una era pelinegra, de alguna forma asiática, y la otra era rubia. Todo el mundo quería ir con esas niñas a bañarse a los lagos y entonces, una tarde cualquiera, justo me preguntaron a mí si quería acompañarlas. Mientras estuvimos allá, todo el tiempo pensé que se tenía que tratar de un error.

Y entonces pienso en el rodadero de máxima velocidad, pienso en un joven en el balneario Michaeli: el verano entero todos los días el rodadero de máxima velocidad en Michaeli: claro, engordé, por las muchas papas fritas, pero a lo mejor es una cosa del metabolismo. Siempre ríe cuando aterriza abajo expulsado a toda velocidad. Por tres segundos no supo cómo fue que le sucedió. Ya se le ocurrió fundar un club de rodaderos para los niños; mayores de diez años, por los peligros. El verano entero todos los días el rodadero de alta velocidad de Michaeli: todos los días todo el día. Eso lo divierte. El dueño del balneario es su amigo, o casi su colega.

Cada febrero se celebra el día en que llegamos. Ya no lo llamamos el día de la invasión, sino el día de la llegada. Se celebra el día de la llegada. Es algo así como un cumpleaños. Siempre celebramos ese día, pero la forma de celebrarlo fue cambiando al paso de los años. Al principio era muy distinto, en plena guerra suspendíamos todo por un par de minutos y, yo se, las otras unidades también lo hacían, era como un rezo o una canción, eso era.

Hoy por hoy, la fiesta de la llegada tiene un significado muy distinto para las tropas. Hace rato que la celebración se convirtió en un ritual complicado –un ritual que parece venir de otro tiempo, que parece viejísimo, a pesar de ser tan reciente. Pero esto no afecta para nada ni su fuerza ni sus efectos; sigue siendo necesario.

El desarrollo de la celebración se hizo con cada año más complicado. Al parecer hay todo un sistema de reglas, algo así como un programa que se re-escribe año tras año. El día de la llegada, todas las acciones de combate son interrumpidas; las mujeres no pueden salir de las carpas ni de las barracas hasta el atardecer.

Los hombres recogen leña. Mientras tanto, las mujeres cantan y cantan, porque en el día de la celebración ni hombres ni mujeres pueden hablar. La leña se acumula en la mitad del campamento para hacer una gran fogata. El tamaño de esta pila de madera recuerda las fogatas de pascuas de algunos países.

El sol se oculta. Bajo la última luz del día, los soldados persiguen al hombre más joven de sus filas por el campamento, quien está desnudo. Primero le arrancan la ropa y luego le hacen cacería. A este personaje lo llaman “Pedernal”. Desde luego, el Pedernal no tiene ningún chance. Cuando, finalmente, los otros lo agarran, le amarran manos y pies y lo embadurnan con grasa o aceite. La gritería que surge en ese momento es la señal para las mujeres, para que salgan de las barracas y de las tiendas. Ninguna lleva su uniforme o, mejor, los restos de uniforme; todas van vestidas de blanco –antes usaban las batas de los médicos y de las enfermeras, pero hoy llevan verdaderos vestidos blancos, algunos de ellos muy costosos, trabajados a mano con encajes y volantes, casi se ven como vestidos de novia.

Los hombres visten faldas escocesas, el tronco lo llevan desnudo y sobre la piel se cruzan las correas de las municiones. Por el contrario, las mujeres aparecen desposeídas de todo atributo propio del combate o de la guerra.

El soldado más joven, que lleva el cuerpo lubricado con grasa o aceite, el Pedernal, hace rato que pasó a tener el color de la tierra, el polvo lo lleva pegado a la piel. Las guías de las mujeres son dos, porque las mujeres abandonan su parte de campamento en un grupo cerrado, como si fueran una procesión en filas de a dos, son llamadas “las monaguillas”, o también, pero sólo algunos años, “las tejedoras”.

Entre tanto, los hombres ya han encadenado con esposas al Pedernal, que está bien lubricado, y lo tienen fijado al mástil de la bandera en la mitad de la plaza de formación, a sólo pocos metros de la pila de madera; para ese momento ya le han retirado cualquier otra cadena que hubiera tenido. Esperan ahora la llegada de la procesión de las mujeres, quienes recorren todo el círculo exterior del campamento antes de llegar a la plaza de formación.

En este momento empieza la música: antes, dos o tres soldados tocaban violín y flauta con los ojos vendados, hoy casi siempre hay, además, una gaita. Hombres y mujeres empiezan entonces una especie de danza, una mezcla de gallarda y *square dance* y polonesa, pero esta danza es, a la vez, el símbolo de una lucha, porque entre los dos grupos vuela durante la danza una antorcha de lado a lado, hasta que, de repente, la música se interrumpe y la antorcha vuela formando un arco alto hacia la pila de madera, que está completamente rociada de gasolina.

En el momento en el que el fuego arde, ambos grupos vuelven a separarse y se paran uno enfrente del otro. En ese momento empieza un canto coral en el que los hombres responden a las mujeres y viceversa, sólo que llega un punto en el que ya no se puede distinguir quién le responde a quién.

Entre tanto ya se ha hecho de noche. Sólo el fuego ilumina los rostros. Cada grupo envía ahora a un bailarín —o luchador al centro de la plaza. Qué reglas sigue la lucha que se da a continuación, en la que hay música, canto y aplausos, es algo que permanece oculto para una persona ajena y que no se le puede transmitir. El ritual ha asumido un carácter hermético. Lo que se observa es lo siguiente: la mujer y el hombre “pelean”, al parecer en representación de todo el resto, pero no se tocan y, cuando sí lo hacen, es algo sin importancia para el desenlace final de la pelea. Qué define finalmente la pelea, es algo que no queda claro. Lo que sí queda claro para el observador no comprometido en el asunto, es que después de máximo dos minutos, uno de los dos regresa como obvio perdedor y el otro como obvio ganador a donde su gente, quienes le dan el recibimiento que corresponde, antes de que la siguiente pareja retome la “pelea”. Para los soldados es muy claro quién quedó como ganador y quién como perdedor de esta pelea invisible, al parecer pueden descifrar los gestos, los movimientos o secuencias de movimientos y ciclos de una manera especial.

En ocasiones, los encuentros de los luchadores o bailarines son más rudos; poco a poco uno detecta que el orden en el cual fueron enviados al centro no es para nada casual. Entre más rudas sean las peleas, más entra el Pedernal entra en un estado parecido al trance. Al igual que el resto del día, nadie habla, sólo se canta y de esa forma se pasa a un juego de misterio que ocurre sin palabras y en el que, tarde o temprano, todos los soldados terminan jugando; los grupos de hombres y de mujeres vuelven a mezclarse y forman nuevos grupos más pequeños, que representan la historia de esta guerra: la partida, los barcos, los aviones y helicópteros, el aterrizaje en la costa, el incendio, el sol, los primeros combates y las primeras bajas; todo esto es representado por los soldados, mujeres y hombres, quienes para ello no usan nada distinto que su cuerpo y un par de objetos de utilería que son custodiados con mucho esmero a lo largo del año, casi como objetos sagrados: un remo roto, un par de botas, la piel de una culebra, fotos polaroid.

Se presencian las primeras incursiones al interior del país, el desierto con ese calor infinito que hace de día y con ese frío inmenso de noche que hace que las piedras revienten, se ve la selva en su impenetrabilidad llena de loras y de serpientes, y entonces vienen el aguacero, el río y el lago. Continúa con el desplome de los suministros y con el aniquilamiento completo de DELTA ZERO cuando luchaba contra

un enemigo invisible. Uno de los soldados interpreta el papel de Miche, quien desde lo más cerca posible le dispara en el estómago a uno de los soldados de IKA FOX, y una de las soldados hace el papel de la mayor Raquel, quien le vuela media cabeza a Miche; a esto le sigue la desmembración de la tropa en unidades independientes, enemistadas unas con otras, y entonces comienza la guerra por el agua. En este punto se acaba el teatro, y es el momento en el que la fiesta llega a su clímax.

Las mujeres sacan de su círculo a la más joven y la conducen hacia delante. Este soldado recibe también el nombre de “sirena”. Hasta este momento, la sirena había permanecido en un segundo plano, también su rostro había permanecido oculto detrás de un velo que ahora las mujeres sueltan, para pasar después a desnudar lentamente a la joven. Finalmente, la sirena está desnuda y de pie en el centro de la plaza. Ahora, los hombres sueltan del mástil de la bandera al Pedernal, quien también está desnudo. El Pedernal está en la plaza junto a la Sirena. Ambos están desnudos. Todo el resto está a su alrededor. No se habla. Alguien le pasa al Pedernal una botella de vodka. Él abre la botella, bebe y se la pasa a la Sirena. Parados uno enfrente del otro, desnudos y en silencio, se pasan mutuamente la botella y beben. Cuando se ha terminado la primera botella, se abre la segunda. Todo el mundo está callado. Sólo ellos beben, el resto está de pie en un semicírculo alrededor suyo y observa.

Poco a poco empiezan a tambalearse, a hacer ochos. Se escucha cuando pasan un trago, se escucha que cada vez respiran con mayor dificultad.

Entonces, sus labios empiezan a moverse, cuando ellos no están bebiendo. Parece como si quisieran decir algo. Siguen bebiendo, se tambalean y se intercambian la botella que va de aquí para allá mientras ellos forman palabras secas, sin sonido, hasta que finalmente las palabras se les salen, y hablan y hablan, pero no entre sí sino uno al lado del otro.

SIRENA:

En unas de mis primeras misiones, aquí, eso fue hace un par de años en noviembre, pero si noviembre no significa nada – aquí, dónde siempre hace calor, aquí noviembre no significa lo que significa para nosotros- en esa misión fuimos a un pueblo.

PEDERNAL:

Una vez estuve como estudiante de intercambio durante tres semanas en el sur de Francia.

Eso fue en décimo.

No hace mucho. Un par de años.

Estuve en el sur de Francia, en Montpellier. Una ciudad bella y antigua.

SIRENA:

Habíamos pasado varios días observando el pueblo. Estaba abandonado. Ya no había nadie, tampoco ningún francotirador oculto. El pueblo estaba presumiblemente abandonado, quizás ya desde hacía semanas o meses, y presumiblemente estaba minado, y ahora entrábamos.

Entremos ahora y recogemos nuestro regalo, dijo el oficial.

Se dice que a uno siempre le dejan algún regalo. Minas, bombas, prisioneros a medio descomponer, agua contaminada.

Pero en ese lugar no había nada. No encontramos nada. Un grupo de expertos en minas se adelantó, nosotros atrás con todo el uniforme puesto, con chaleco blindado, casco, apuntando con el arma de repetición a casi cuarenta grados centígrados de temperatura en noviembre. Silencio. Ni siquiera un ladrido.

PEDERNAL:

El colegio al que tuve que ir era católico, y la clase a la que entré tenía énfasis en matemáticas y ciencias naturales. Se llamaba Bac C, o algo parecido. No entendía ni una palabra. No sabía nada de francés –en todo caso no sabía lo suficiente como para

hacerme entender. Todas las mañanas, Frederic y yo –yo vivía con la familia de Frederic- nos íbamos en una motoneta al colegio. Con la motoneta a toda velocidad por la ciudad vieja de Montpellier. Era bello. En casa no tuve nunca una motoneta.

SIRENA:

No encontramos nada salvo papel. Escritos, cartas, documentos. Mapas. Planes. Todo el resto había desaparecido. Ni una huella humana. Por radio nos dieron la orden de interrumpir la inspección de las casas y de reunirnos en la plaza, en el centro del asentamiento. Lentamente fuimos saliendo de las casas y bajamos por la calle polvorienta hasta la plaza, dos hombres adelante, dos atrás, apuntando aún con la metralleta. Yo iba detrás.

PEDERNAL:

En el curso de Frederic había una niña que me interesaba bastante, Catherine, y yo creía, que yo también le interesaba. Por lo menos eso parecía –no podíamos hablar, porque yo apenas hablaba el francés que había aprendido durante año y medio en el colegio, que no era mucho –y ella no sabía ningún idioma extranjero.

Pero entonces, el primo de Frederic arregló para que yo la pudiera visitar, llamó a su casa, su número no era fácil de conseguir porque vivía afuera de Montpellier. El primo le hablaba por teléfono y yo estaba a su lado, y después él me explicó, en un inglés muy básico, a dónde tenía que ir. Catherine vivía realmente lejos de Montpellier, en la costa, en la isla Maguelone. Yo había oído de esa isla, ahí no se podía vivir, no había nada salvo una antigua iglesia romana, creo que era romana, antes estuvo habitada por papas. Papas o contrapapas, qué se yo.

SIRENA:

Acabábamos de llegar a la plaza que quedaba en el centro del pueblo, cuando me tropecé. Me tropecé contra algo duro, algo así como una raíz, pero no había ninguna raíz, sino un pequeño, duro, polvoriento y amarillento resto de algo, y poco después se tropezó Remo contra algo parecido, a tres metros de donde yo estaba, un tronco duro y pequeño que despuntaba del suelo.

Toda la plaza estaba llena de ellos. Extraño. Empezamos a ver con cuidado esas estacas que salían del suelo, y muy pronto entendimos que se trataba de huesos. Huesos o partes de huesos que despuntaban del suelo. Intentamos desenterrar los huesos.

No lo logramos.

PEDERNAL:

Pero Catherine le dijo por el teléfono al primo que ella vivía allá, así es que me fui en la motoneta, como 60 kilómetros, y finalmente llegué. La antigua iglesia que estaba en la península, sobre la costa, estaba rodeada de una especie de bosque nativo. El papá de Catherine trabajaba, en efecto, como una especie de sacristán en la iglesia. Por eso vivían allá, en una casa al lado de la iglesia, en el bosque antiguo. De resto, allá no había nada. El anciano no se alegró mucho de verme. Sacó la cabeza por la ventana justo cuando me estaba quitando el casco. En ese momento bajó Catherine, ella no quería que entrara a la casa o que me encontrara con su papá, y por eso tenía un gran llavero en el que traía algunas llaves bastante antiguas. Entramos en la iglesia, que era antigua, oscura y totalmente desprovista de decorados; la luz que daba contra la mampostería rojiza era como de cobre, y entonces se abrió una puerta pequeña. Subimos por una escalera muy angosta, y al final estábamos sobre el techo de la iglesia.

Estábamos sentados uno al lado del otro sobre el caballete del tejado. A nuestros pies, la iglesia, en la que supuestamente vivieron varios papas y enfrente nuestro la corona de los árboles más viejos y detrás nuestro el mar.

SIRENA:

Los pedazos de hueso que emergían de la tierra correspondían a la parte superior de una columna vertebral humana.

Aquí, en esta plaza, en forma muy densa, habían sido enterrados varios cadáveres verticalmente. Estábamos sobre un cementerio. Por todos lados despuntaban los restos humanos, como espárragos –un cuerpo pegado al otro, algunos cadáveres eran más viejos, otros más jóvenes.

La mayoría eran mujeres, como vinimos a descubrir más tarde. Faltaban las cabezas. Las cabezas ya no estaban, ni siquiera restos de ellas, ni astillas.

Ese fue nuestro regalo. Era un lugar de ejecución. A estas personas las enterraron vivas y les lanzaron piedras hasta matarlas, después dejaron sus cadáveres ahí, a la intemperie, hasta que las cabezas descompuestas que despuntaban de la tierra simplemente se extraviaron. No encontramos ni una sola cabeza.

PEDERNAL:

La vista era impresionante. Estábamos sentados sobre el caballete del tejado y en el agua veíamos el sol. Se podían ver las huellas del viento sobre el mar.

Pero no podíamos conversar. Nos faltaba el idioma. Tal vez ella quería que la besara, pero sin palabras eso me parecía impensable. Imposible.

Y así seguimos hasta que en algún momento me fui, ya no recuerdo cuándo. Pero muy seguido pienso en la iglesia de la isla Maguelone, donde hubo un tiempo en el que fue habitada por papas – y por Catherine. Catherine Salle.

¿Dónde estará ahora?

¡Catherine!

¡Catherine!

¡Catherine –écoute-moi!

¡Catherine!

¿Ou-est-tu?

¡Catherine Salle! ¡Écoute-moi!

Desde luego que balbucean, y siguen bebiendo, Sirena vomita primero, pero no pasa mucho tiempo y ya Pedernal también lo hace. A pesar de todo, siguen bebiendo Vodka, ya van en la tercera botella.

Finalmente, alguno de los dos se tropieza y ya no vuelve a pararse, yace sobre el polvo en sus propios orines y en su vómito, pero sólo cuando cae el segundo y no vuelve a pararse, se acaba la fiesta. En su camino a las barracas y tiendas, varios cantan viejas canciones de su patria.

Al siguiente día, el combate es especialmente brutal, especialmente sangriento. El día después de la fiesta de la llegada es especialmente rico en bajas, todos los años es así.

DÉBORA:

Después de todas las luchas por la falta de refuerzos, por la falta de municiones y por la falta de combustible, el suministro de agua potable se convirtió en el problema más determinante.

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

Tal vez como un reflejo de la guerra total que se vive en este continente, el agua potable se convirtió a la final en la verdadera esencia de este conflicto.

DÉBORA:

Aquí hay ríos, hay lagos. Y a pesar de todo, a parte de un par de semanas en el año, el agua potable es algo fundamentalmente exótico.

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

Desde el punto de vista estratégico, hay algo que cada vez es más claro: quien controle los pocos lagos y ríos de este lugar, algún día también podrá ganar la guerra.

DÉBORA:

Los ríos nunca podrán ser controlados. Los puentes sí, pero los ríos, nunca. No en toda su extensión. Nunca. Fue por eso que nosotros mismos minamos muchas orillas, bueno, las que eran accesibles y no estaban plagadas de cocodrilos, las minamos después de comprender que ni nosotros ni nadie las podía conservar a largo plazo. En los combates a las orillas de los ríos sufrimos muchas bajas. Todos las sufrieron. Pero nosotros teníamos al menos el lago.

Mantuvimos el control de la costa occidental del lago. ORANGE FIVE controlaba el lado sur, habíamos llegado a un arreglo. El lado oriental del río es casi incontrolable, allí la selva entra hasta la superficie del agua. Y la costa norte estaba bajo el control de GOYO THREE, con ellos había algo así como un cese de hostilidades, salvo cuando nos encontrábamos en el agua, pero siempre valió y vale esta regla: ningún cadáver se queda en el agua.

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

Nosotros, JAMAICA EIGHT, fuimos excluidos del lago; tuvimos la opción de escoger entre las reservas de agua potable del ejército, que ya es de vieja data, y el agua de los ríos, que es amarga; algo no funciona con el agua de los ríos. Sabe amargo. Lo enferma a uno.

DÉBORA:

Son incontables los ataques que recibimos en nuestra posición en el lago. Esta vez vinieron de noche.

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

Atacamos por la noche.

DÉBORA:

Este ataque fue más desesperado que todos los anteriores: necesitaban el agua.

Débora toma un trago de agua turbia y sucia de una botella de plástico, que está llena. Pero nosotros también la necesitábamos.

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

Rápidamente llegamos al centro del campamento, pero entre más cerca estábamos del agua, más violenta era la resistencia. Yo estaba bien adelante. Ya podía escuchar el agua, pero no la podía ver porque era luna nueva, una noche absolutamente oscura; de repente, bajo el resplandor de un misil, vi a una mujer que estaba de pie, una mujer con rizos rubios, está muy cerca de mí, tal vez a uno o dos metros de distancia, no la había oído antes, de dónde vendrá.

DÉBORA:

Fue rápido que estuvieron en el campamento, exterminaron a todos los centinelas. Está muy oscuro, luna nueva. Bajo la luz de un misil veo a un soldado, está muy cerca, un mayor, alcanzo a distinguir porque todavía tiene su insignia; raro, porque prácticamente nadie tiene aún insignias en esta guerra, y lleva puesta una falda escocesa, porta el color Urquhart, es la falda escocesa de JAMAICA EIGHT, lo que quiere decir que disparo inmediatamente.

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

La mujer rubia bajo la luz del misil. ¿No la conozco, no la he visto antes, dónde-

DÉBORA:

Una fracción de segundo después, él dispara: escucho mi propio disparo y alcanzo a ver la luz que sale de su cañón-

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

A esta mujer, a esta rubia yo la he visto antes-

DÉBORA:

La fuerza de las tres balas que me pegan es enorme, destroza mi chaleco antibalas y me hace añicos el esternón.

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

Yo conozco esta mujer, esa cara, ese cuerpo, porque me parece que conozco su cuerpo –

DÉBORA:

Estoy en el suelo, sobre polvo o arena, estamos muy cerca de la orilla del lago, a sólo tres o cuatro metros, tengo sangre en la boca y en los ojos, pero todavía no pierdo la conciencia, aunque no puedo respirar. Será que no le di, a esa distancia era imposible no darle, y si no le di, ¿por qué no dispara de nuevo, dónde, dónde está?

MAYOR DE LA UNIDAD JAMAICA EIGHT:

Son dos las balas que me entraron: una está bien profunda en mi hombro derecho, la otra apenas me rozó, pero ese roce me abrió la carótida, si no recibo ayuda en los próximos minutos me desangro, estoy sobre el suelo, sobre la arena como ella, está muy cerca de mí, pero no puede verme, al parecer no recibe aire, le disparé directo en el pecho, todo su tronco está lleno de sangre, toda la arena está llena de sangre. Esta es la mujer del afiche.

Esta es la mujer de la publicidad, la mujer con la lata de café, la mujer que podía presionar la lata de café y sostenerla con sus senos, la mujer que tenía ese rostro tan particular cuando hacía eso, seguro que es ella, y acabo de destrozar su tórax, se lo reventé.

DÉBORA:

Creo que no puedo respirar, todo el tórax está como atado a algo, pero debe ser que de algún modo sí respiro. La pérdida de sangre da sueño, y viene además el miedo a la muerte, el miedo da más sueño, escucho los disparos alrededor, y escucho las olas calladas, que golpean tan suave la orilla.

En esta orilla, nada lejos de acá, vi a Helena una vez, la vi a escondidas, estaba con un hombre, ¿se llamaba Martín?, ¿no lo destruyó una mina?, eso era en otra época. La luz disminuye cada vez más, entre más cerca estoy de la salida más oscuro se pone. ¿Será que me perdí?

Finalmente está tan oscuro, que ya no puedo ver mi mano si la pongo frente a los ojos. No pude haberme perdido, es subiendo siempre por este camino empinado, pero camino sobre piedras resbalosas, a cada paso se me corre el suelo, pero así me caiga sostengo el recipiente con fuerza contra el pecho, como un niño. En el recipiente está la belleza.

¿Qué pasaría, si aquí, en plena oscuridad, abriera el recipiente? ¿Aquí, donde nadie me ve?

No quiero robarme la belleza, simplemente me gustaría saber cómo se ve, y si la belleza que está en el recipiente alumbra en la oscuridad y si en la oscuridad uno no la puede ver. Y entonces, mis pies se resbalan de nuevo, de nuevo me caigo. Duele. Estoy en la oscuridad, sobre las piedras, siento los guijarros tallándome la espalda y

pienso, ¿por qué no, por qué no abrir el recipiente, si nadie me ve, y qué mal me puede hacer, qué daño puede hacerle la belleza a uno? Así es que tanteo en la oscuridad el borde del recipiente, de todas formas es un milagro que no se haya roto, y lo abro. Todo permanece a oscuras. Ninguna luz, ningún iluminar nada, ninguna radiación. A cambio, un sueño plomizo se apodera de mi, un sueño que me llega a la médula. De un momento a otro mis huesos están tan pesados, ya no me puedo mover, todo mi cuerpo es de pronto tan pesado, me pesa, me aplasta.

DÉBORA:

Estoy sobre mi espalda y veo el cielo oscuro, de alguna manera la luz tambalea, seguro por culpa del generador, me alumbran con una linterna directo en el tórax, la luz es cálida, pero de resto tengo frío, sonidos de aparatos, zumbidos, voces distantes de una radio, la relación de sonidos distorsionados a señales interpretables es de 20 a uno, posiblemente estoy sobre una mesa de mapas, me operan lo mejor que se puede estando a oscuras.

- Regresó, despertó.

- Hola sargento –

Quiero responder, pero no logro sacar ningún sonido.

- No hables Jubjub, no hables.

Voces bajas, el sonido de un metal.

Me están operando, no puedo sentir ni mis piernas ni mis brazos.

- Tuvimos que amarrar tus brazos y piernas.

Duele, hondo en el pecho duele.

- Tiene dolores.

- Dale algo más.

- Ya le hemos dado mucho, no le podemos dar más.

Duele.

- No hables. No hables.

- Tu esternón está completamente destrozado. Pero tuviste suerte: el corazón y la columna están bien. Un pulmón no responde, pero con el otro puedes vivir.

- Tenemos que reconstruir artificialmente el esternón.

- Tenemos que hacer uno artificial, pero no tenemos los materiales que necesitamos.

Necesitaríamos plástico. O marfil. Sería ideal tener marfil. Pero no tenemos, y el tiempo se agota.

- Tu tiempo.

- Todo lo que tenemos es metal. Pero no te preocupes, también funciona. El metal está limpio. Y no es corrosivo. Imagínatelo, como al interior de una lata.

- Lo único es que no es tan estético. Porque esto significa que por el resto de tu vida tendrás que cargar con una lata entre tus senos.

-Tal vez se sienta fría. Pero uno se acostumbra. Para ti, la guerra de lejos no se ha acabado.

UNA MUJER SOLDADO, EN UNIFORME BLINDADO, CON CASCO,
INSTRUMENTOS DE ILUMINACIÓN Y METRALLETA BAJO UNA LLUVIA
CAUDALOSA:

A menudo pienso en mi casa. En antes, cuando aún era una niña. Pienso en la casa de mis padres. No crecí en la ciudad, como la mayoría que hay acá. Vengo del campo. Dos pisos, abajo con paredes de concreto, arriba todo era de madera. Bien arriba, el granero. El gran granero. Detrás de la casa, las praderas, una pequeña pendiente. La vista hacia el valle: los bosques. Los niños vecinos y yo jugamos en el espacio que hay entre los hornos. En el primer piso, el baño. Los cajones cubiertos con papeles impresos con flores, las toallas bien dobladas en el armario, la ventana que mira al occidente. Un idilio. Cuando mi mamá me mete debajo de la ducha antes de ir a cenar, estoy de guardia nocturna en la selva tropical. Me ducho de pie en la tina y me imagino

que soy un soldado que está en la guerra bajo la lluvia —el agua en mis orejas y en mis ojos y en mi ombligo es sangre y escurre por los cuerpos de todos los hombres y por el mío, escurre y escurre.